

VIII
CERTAMEN
LITERARIO

CRISTO
DE LA
NAVE

MANZANARES EL REAL

2009





RESULTADO DEL VIII CERTAMEN LITERARIO
“CRISTO DE LA NAVE”
DE MANZANARES EL REAL

Al certamen se han presentado 104 relatos, 14 de los cuales estaban escritos por residentes en el municipio. Dado que el número de relatos presentados por no residentes (90) era excesivamente alto para dárnoslo a leer a los miembros del jurado, se efectuó una selección de entre éstos mediante 7 personas aficionadas a la lectura usuarias de la Biblioteca Municipal, de forma que quedaron finalmente en 31. El Ayuntamiento agradece desde aquí a Mercedes, Susana, Ángela, Ángel, Nicolás, Ana y José la participación esmerada en dicha selección.

El domingo día 6 de septiembre el jurado, formado por Manuel Esquinas Ramos (editor, que no está presente por motivos laborales), Ana Carracedo Folgar (escritora, autora del recomendable libro de relatos *“Retrato de pueblo”*) y yo mismo, Álvaro Reyes Romero (filólogo), los 3 residentes en Manzanares El Real, nos reunimos para deliberar con el Concejal de Cultura Ángel Aretxaga, con el siguiente resultado obtenido mediante consenso o mayoría (según los casos) tras una pausada argumentación:

1^{er} Premio de “Residentes” (diploma y 300 €): *“La penúltima partida”*, cuyo autor resultó ser Luis Bernaldo de Quirós Ruiz,

por su buena escritura (al igual que el resto de los premiados) y por plantear una ficción muy vital, esperanzadora e inteligente.

2º Premio de “Residentes” (diploma y 200 €): “*Un presentimiento*”, cuyo autor resultó ser Miguel Recio González, por plantear una interesante intriga rural de implicaciones familiares y sociales.

Además, en esta categoría de “Residentes”, se decidió dar una mención (en forma de diploma) a “*Historia de un barrio, el mío*”, cuyo autora resultó ser Mari Pozas Mena, por su valor testimonial de la vida de Manzanares El Real en los años 60.

1º Premio “No residentes” (diploma y 300 €): “*La piscina*”, cuyo autor resultó ser Francisco José Segovia Ramos, residente en Granada, también con numerosos premios literarios en su haber, por plantear, mediante un relato con connotaciones de la literatura de ciencia-ficción, una metáfora del origen de la vida y de la capacidad de destrucción del ser humano.

2º Premio “No residentes” (diploma y 200 €): “*Lux perpetua*”, cuyo autor resultó ser Juan Manuel Sainz Peña, residente en Jerez de la Frontera, por la originalidad y sorpresa que genera en el lector este relato de un testigo de excepción de la transición a la vida eterna o de la hipocresía existente alrededor de la misma.

3^{er} Premio “No residentes” (diploma y 150 €): “*Hipnosis*”, cuyo autor resultó ser Faustino Lara Ibáñez, residente en Toledo, con numerosos premios literarios en su haber, por tratarse de un relato muy divertido.

Felicidades a los ganadores y muchas gracias a todos.

En Manzanares el Real, a 13 de septiembre de 2009

La penúltima partida

de Luis Bernaldo de Quirós Ruiz

1er Premio Categoría "Residentes"

La penúltima partida.

La penúltima partida

– Parece que no quisieras ganar.

La mujer frunce el ceño al ver el movimiento de apertura de su adversario. El peón de torre blanco, aislado dos casillas por delante de su posición original, ha abierto una vía en el flanco izquierdo de su ejército, por la que a ella le será sumamente fácil irrumpir algunas jugadas más adelante.

– Tal vez no sé jugar al ajedrez.

Desde la cima de sus setenta y muchos años, él puede contemplarla despacio sin temor a ser mal interpretado. Puede pasear su mirada tranquila por el contorno de la esbelta figura cubierta por un sencillo vestido negro sin más adorno que la elegancia. Puede acariciar con la mirada ese pelo, oscuro como noche profunda de luna nueva. Puede asomarse a unos ojos que translucen sin pudor alguno la serena inteligencia de quien se sabe por encima de la vulgaridad. Y después, libremente, puede reposar de su andadura en la mano larga y sutil que lleva el trebejo a su destino como si lo meciese al compás de una sinfonía perfecta. El peón de la dama negra, adelantado dos cuadros, extiende ahora su dominio sobre

el centro del campo de batalla y abre el camino a las otras piezas, que se irán colocando después, estratégicamente, para iniciar un ataque demoledor.

– No seas embustero. Eres un jugador excelente, aunque nunca te hayas decidido a competir... ¿Por qué lo has hecho?

La pregunta es tan ambigua que parece invitarle a elegir respuesta a su antojo. Si se refiriese al hecho de que no haya dedicado sus esfuerzos al ajedrez profesional, podría responder que no merece la pena invertir en un juego algo tan valioso como el tiempo. Si se refiriese a la desastrosa apertura con la que ha iniciado la partida, podría contestar que, en efecto, vencer carece de interés para él en este momento. Pero se decide, sin dudarle un instante, por la tercera alternativa.

– Porque ya no queda nada que me retenga allí.

Su segundo movimiento resulta, cuando menos, tan descuidado como el primero. Ya es evidente que ha llegado para rendirse a ella.

–Y por eso te has lanzado a conocer nuevos horizontes.

Mientras refuerza con otro peón el dominio inicial, la mujer mira fijamente a los ojos de su oponente. A través de él ve lo que tantas veces ha visto antes: el infinito hastío de los hombres para los que cada día es igual al de ayer. Y se deja invadir un momento por esa ternura dulce que casi nunca se puede permitir.

– O al menos a averiguar si existen. A los anteriores ya los tengo muy vistos.

Mecánicamente, sin pensar, el hombre realiza otro movimiento desastroso y no puede evitar que sus labios esbocen algo parecido a una sonrisa al ver la contrariedad pintando el rostro que le observa desde el otro lado del tablero. Por un momento considera la posibilidad de explicar sus sentimientos, pero renuncia enseguida. Los sentimientos no pueden explicarse ni transmitirse y, en cualquier caso, él no está allí para eso.

– ¿Acaso lo conoces todo?

El tercer movimiento de las piezas negras, exquisitamente fiel a las reglas de la apertura, consolida definitivamente su posición. Sin duda, esa mujer domina el juego como nadie y, observándola, uno está seguro de que, como el juego, cualquiera que se acerque a ella se dejará llevar mansamente, sin oponer resistencia.

– Todo no. Pero con lo que conozco tengo bastante. Antes, viajar era una aventura. En cambio ahora es demasiado fácil. Vas a una agencia y desde allí te anticipan cuándo vas a salir y cuándo vas a llegar, dónde vas a alojarte, qué vas a comer y los rincones que vas a visitar. Te protegen de todo y contra todo; te vacunan, te ponen un guardaespaldas si el destino elegido lo requiere, te dicen dónde has de comprar y qué has de comprar. Te guían, te dirigen, piensan por ti, deciden por ti... Sólo les falta envolverte en papel de celofán, ponerte un lacito y enviarte por

correo postal. Ya no hay misterio y, sin misterio, no hay nada que merezca ser visitado.

Otra pieza blanca vuela sobre las casillas. Pero ahora ocupa un lugar desde el que protege lo poco que aún puede protegerse.

– ¡Vaya! Parece que por fin te has animado a hacer una jugada decente.

Un mohín cargado de ironía se filtra entre los labios de la mujer, aumentando su natural atractivo.

– ¡No me digas! Te prometo que ha sido sin querer. No volverá a repetirse.

– Me lo estás poniendo muy fácil y eso me ofende. ¿Acaso piensas que no soy capaz de ganarte si juegas como sabes?

Pero no está enfadada. Aunque le regañe de palabra, la paz de su actitud es tan manifiesta que no puede pasar desapercibida. Y eso le afirma en su idea inicial, en la convicción de que tenía que ir a su encuentro, de que ya no quedaba para él otro camino que mereciese la pena recorrer.

– Perdona. No es eso. Lo que pasa es que quiero asegurarme la derrota. Si gano, tendré que volver atrás... Y entonces no podría quedarme a tu lado, ¿no es cierto?

– Así es. Pero no necesito que me des ventaja. No soy una

presa fácil. He derrotado a tantos grandes maestros que ya ni me acuerdo de sus nombres.

La frase no encierra soberbia; si acaso una pizca de orgullo y un mucho de indiferencia, como si ganar para ella fuera una costumbre tediosa por repetida.

– ¿Acaso nunca pierdes?

– Casi nunca. Los que me han ganado caben en una cifra despreciable. Y, a decir verdad, no eran siempre los mejores.

– ¿Ves? También puede ganarse por casualidad, o por suerte. Y yo no quiero que me pase eso. No me gustaría ser el próximo en vencerte.

Otra mala jugada de las blancas, como si su conductor hubiera vuelto a poner la atención en elegirla intencionadamente. Sin embargo, un algo de duda tiembla en sus dedos mientras la ejecuta.

– ¿A qué te dedicas? Al ajedrez no, desde luego.

¿Se está burlando de él o pretende excitar su amor propio para hacerle reaccionar? ¿O acaso es otra cosa, algo que nada tiene que ver con el juego? ¿Quiere tal vez hacerle hablar del motivo que le ha llevado a su lado? Por más que lo intenta, el hombre no consigue descubrir la verdadera intención de las palabras.

– Soy economista financiero. Pero ya no ejerzo.

– ¿Jubilado?

– A la fuerza; mucho antes de alcanzar la edad pertinente. Tuve que dejarlo. Nadie puede fiarse de un economista que acaba dando con sus huesos en la cárcel.

– ¿Qué pasó?

– Se me ocurrió la peregrina idea de fundar una empresa de crédito y la hice funcionar bien. Demasiado bien, a juicio de los bancos..., y los bancos manejan resortes a muy alto nivel. Imagínate: yo haciéndole la competencia al sistema. Intolerable. Me acusaron de fraude, estafa, timo, contrabando de divisas, blanqueo de dinero y no sé cuantas enormidades más... Mis clientes no, desde luego. Fueron otros... Los de siempre. Me arruinaron y se quedaron con mi patrimonio para repartirlo entre los perjudicados; claro que, como nadie había sido perjudicado, el dinero se perdió entre las espesas telarañas de la Administración. Y, no contentos con eso, me pusieron un par de años a la sombra... Para protegerme de los efectos nocivos del sol, supongo.

– ¿Lo pasaste mal allí?

– No creas. Tampoco fue para tanto. Los presos por delitos comunes tienen un respeto especial por los que no son de su clase. Parece como si se compadecieran de los que están dentro sin haber hecho nada... Posiblemente les consideran tontos..., o ignorantes. No sé. Y los funcionarios me trataban bien. Claro que

les hacía la declaración de la renta sin pedirles nada a cambio. No por conseguir sus favores ni nada de eso... Sólo por romper el tedio. Además allí aprendí muchas cosas que no pueden aprenderse en otro sitio. Y fue allí donde me enfrenté por primera vez con un tablero de ajedrez. La vida en prisión es aburrida para todos, no sólo para los internos. El director me llamó un día con la excusa de interesarse por mi situación. En realidad sólo pretendía charlar un rato con alguien que supiera escuchar y nos hicimos amigos. Él me enseñó a jugar. Muchas veces, después, he pensado que me habría ido mejor si me hubieran dejado allí para siempre.

– ¿Qué pasó luego? Quiero decir..., cuando saliste de la cárcel.

– Tuve que ganarme la vida trabajando de contable en una fábrica de botones. De millonario a mileurista. Sería un buen título para una novela, si no fuera porque no es una novela.

Mientras habla, sus dedos se deslizan descuidadamente abriendo varios surcos en la blanca alfombra de su pelo, que cae a ambos lados de la cabeza, pulcramente partido en dos por una línea central. Ella ha realizado un nuevo movimiento con el que deja definitivamente clara su intención de vencer. Como tampoco es cuestión de quedar en ridículo, el hombre decide oponer un poco de resistencia.

– Así es que del trabajo ni hablamos, ¿no?

Los inteligentes ojos brillan furtivamente al advertir que el anciano ha respondido a su jugada con la única que le permite escapar de una catástrofe inmediata.

– Mejor no. Al principio traté de considerarme afortunado. Por aquel entonces eran pocos los que podían eludir un lugar en la cola del paro. Y conseguir un puesto fijo, por mal pagado que estuviera, se consideraba un lujo. Traté de convencerme de que, ya que no podía hacer lo que me gustaba, podría al menos conseguir que me gustara lo que hacía... Una frase tan conocida como estúpida. Más tarde luché contra la rutina viajando durante las vacaciones anuales hasta que los viajes también se convirtieron en rutina... Pero creo que a eso ya me he referido antes... Empiezo a repetirme... Cosas de la edad.

– ¿Estás casado?

– Lo estuve. Tres veces, nada menos.

– No sé si eso demuestra constancia o inconsciencia.

– Ni una cosa ni otra, en este caso. Demuestra, quizás, que el amor era para mí lo más divertido de la vida..., o lo único divertido. Pero no fui yo quien huyó del amor. Mi primera mujer me dejó por mi mejor amigo y la tercera me dejó por mi peor enemigo... No sabría decirte cuál de las dos me hizo más daño.

– ¿Y la segunda?

– Me traicionó con un cáncer. Involuntariamente, claro.

– Así es que tres mujeres sólo.

– ¿Te parecen pocas?

– Hombre..., pocas no. Pero tampoco muchas. La afición por el sexo es una constante en la especie humana. Y no se extingue con el matrimonio.

– Bueno... Alguna más hubo, aunque sin vocación de permanencia. Pero aquello pasó hace mucho tiempo. Si no hay amor, el sexo también acaba resultando aburrido, especialmente cuando la juventud se bate en retirada.

– ¿Entonces?

– Entonces..., ¿qué?

– Si hace tanto que prescindiste de las mujeres, ¿por qué has venido a buscarme? Al fin y al cabo yo también soy una mujer.

– Tú eres distinta.

– ¿Cómo lo sabes? No me conoces de nada.

– Te equivocas. Te conozco muy bien; te he visto tantas veces... Lo que ocurre es que tú no reparabas en mí.

– Puede que eso sea cierto. Pero no tienes ni idea de lo que te espera si te quedas conmigo.

– No importa. Sea lo que sea, no será peor que lo que me ha tocado vivir hasta ahora.

– No estés tan seguro. ¿Y si también conmigo todo se transforma en rutina? ¿Y si te aburres tanto como antes? ¿Y si todo es igual a todo, sin cambios, sin alicientes, sin nada que hacer salvo verme un día tras otro?

– No sé... Por lo menos, mientras lo descubro, tendré la incertidumbre de lo que pueda suceder. Hace mucho que todo en mi vida está previsto, que nada cambia, que el tiempo se ha detenido.

Al calor de la conversación la partida continúa su andadura. Pero ahora, aunque los movimientos de las piezas negras siguen estrechando el cerco, las blancas empiezan a montar una defensa razonable.

– ¿Qué ocurre? ¿Has recuperado de repente las ganas de jugar?

– Es una forma de demostrarte mi respeto... Al fin y al cabo tienes razón; no tengo derecho a robarte el placer de una buena partida. Sé por experiencia que no hay nada más decepcionante que ganar a quien no opone resistencia.

– Gracias.

Ahora es ella quien pasea los ojos por el campo de batalla, despacio, analizando la posición, tomándose el tiempo que antes parecía despreciar. Y su movimiento, por primera vez, no respon-

de a lo establecido por las reglas; parece que quisiera reflejar la verdadera personalidad de quien lo ha llevado a cabo.

– ¡Eh! ¿De quién has aprendido eso?

El hombre está desconcertado. Hasta entonces las jugadas de su oponente obedecían cada una a la anterior, como aprendidas de memoria, todas previsibles, todas perfectas. Pero la última es diferente... Cualquier jugador mediocre podría interpretarla como un error, pero en realidad es endiabladamente buena.

– De uno de los pocos que lograron vencerme. La posición era distinta, pero el objetivo es el mismo: garantizar la victoria ¿Qué te parece?

– No te lo sabría decir. Ofrece demasiadas alternativas.

– Pero sólo una evita que pierdas enseguida. Búscala con calma, si quieres. Yo no tengo prisa.

Ella no tiene prisa..., y, a decir verdad, él tampoco. En cualquier caso, con los primeros movimientos ya ha conseguido su propósito y tiene la partida perdida. De forma que lo peor que le puede ocurrir es que la cosa se prolongue un poco y eso realmente no le importa. Así es que calcula despacio todas las posibilidades que se derivan de cada una de las respuestas posibles, hasta donde su capacidad de análisis le permite. Cuando por fin se decide a mover pieza, le basta con mirar a la mujer para saber que ha acertado.

– ¿Tienes hijos?

– Tuve una hija con mi segunda mujer. Pero ya no la tengo.

– ¿Murió?

– No... Bueno, creo que no.

– ¿No lo sabes?

– No he vuelto a verla desde que entré en la cárcel. Supongo que no pudo soportar la idea de tener un padre presidiario. Al salir, revolví Roma con Santiago para encontrarla; quería hacerme perdonar a toda costa un pecado que no era mío. Pero fue inútil. Había desaparecido sin dejar rastro. No he sabido nada de ella desde entonces.

De repente, los movimientos de la mujer vuelven a ser rutinarios, como si su ventaja sobre el tablero estuviera transformándose en una pesada carga.

– Al menos tendrás amigos.

– La verdad es que algunos tuve, aunque me costó volver a considerar la amistad como algo real desde que el que tenía por el mejor de ellos no supo contenerse con mi mujer. Claro que no le culpo; ella era irresistible y ambos gozaban de una juventud insultante. Más insultante que la mía, según quedó demostrado. Cosas que pasan... Pero ya no tengo ninguno. Los que vinieron se acabaron yendo; a los que no se los llevó la vida con sus obligaciones, se los llevó alguna enfermedad con sus miserias. Y luego ya no

hice otras amistades. Cuando eres viejo cualquier amistad nueva no es más que un sucedáneo de las que fueron.

– Pero la vejez te da experiencia y la experiencia te hace sabio.

– ¿Y eso te parece bueno? La experiencia en realidad es un trasto inútil. Sólo te enseña lo que hiciste mal en el pasado, pero no lo que conviene que hagas en el presente. Y la sabiduría sólo te permite saber que nunca sabrás bastante... No es más que una constante frustración.

– ¿No has soñado alguna vez con que tu situación mejore?

Por primera vez el movimiento de las piezas negras es torpe, como si quisiera dar un respiro a su enemigo antes de acabar con él o como si pretendiera prolongar la agonía que precede a lo inevitable.

– Dejé de soñar hace bastante tiempo. La esperanza que reposa en un sueño sólo produce desilusión. Ya ni siquiera sueño cuando duermo.

La pieza blanca ocupa una casilla estratégica que se aprovecha del aparente descuido de quien debería ser su enemiga y, sin embargo, parece más su amiga a cada paso.

– Nadie debería renunciar a los sueños. Lo que va a ocurrir mañana no está escrito.

– Te equivocas. Para mí sí está escrito. Mi mañana es mi ayer... Y nada puede cambiar eso.

Pese a los últimos movimientos, la ventaja material y posicional de las piezas negras sigue siendo abrumadora. Ya sólo les queda cercar al rey blanco y acabar con él. Pero la mujer no parece dispuesta a dar el paso definitivo.

– No te lo tomes a mal, pero no voy a aceptar tu compañía..., aún.

El hombre levanta sus ojos y los clava en los de ella. Estaba preparado para cualquier cosa menos para eso. Sencillamente no es posible..., no puede ser posible.

– ¿Qué estás diciendo? Si pierdo me quedo contigo; ése es el trato. Y vas a darme jaque mate en cuatro jugadas. Es inevitable. No tengo escapatoria..., ni quiero escapar.

– Pero yo puedo rendirme. Es la ventaja de este juego. Me basta con inclinar mi rey y dejarlo caer en el tablero.

– No lo hagas, por favor.

– Iniciaste la partida tan mal que ya no puedes salvarte aunque quieras... Y, por más que lo niegues, me parece que no estás tan seguro como al principio de desear la derrota.

– Me obligarás a volver al lugar del que quiero huir. ¿Por qué?

– Llegaste a mí para entregarte sin luchar y luego, cuando retroceder ya no era posible, empezaste a jugar bien..., demasiado bien. Si te gano así, nunca sabré si realmente te he ganado, si

realmente hubiera podido ganarte de haber sucedido todo de otra forma. Y eso no me gusta. Pero no te inquietes... Sólo vamos a aplazar la partida. La próxima vez que nos veamos venceré. Sin embargo, cuando llegue ese momento, quiero que te emplees a fondo para que los dos disfrutemos de la lucha. ¿Lo harás?

Sorprendentemente, el hombre reconoce que ella tiene razón. Nada ha cambiado y, sin embargo, nada es igual. Y ahora no está seguro de nada... Ni siquiera de querer que se cumpla lo que había proyectado.

– Lo haré. Y hasta es posible que entonces sea yo quien venza.

– Tengo que pedirte otro favor.

– Cuenta conmigo.

– Cuando estés otra vez allí, di que sí la primera vez que te pidan algo.

La mujer empuja suavemente el rey de negras y lo deja caer sobre el tablero proclamando con su rendición el final de la penúltima partida que acaba de jugar con ese hombre. Luego se levanta despacio y se dirige a la puerta sin volverse a mirarle. Y mientras sale de la estancia, las piezas se desplazan solas por el tablero, como guiadas por una mano invisible, colocándose una tras otra en su posición inicial, listas para el siguiente juego.

...•••

Cuando abre los ojos, las imágenes se van mezclando con los recuerdos de forma que, durante unos minutos, le es imposible distinguir las unas de los otros. Él mismo, cerrando las ventanas de la casa de forma que nada pueda salir... La luz difusa que baña tenuemente la habitación de hospital en la que la consciencia le invade poco a poco... Su mano derecha abriendo al máximo la espita del gas mientras la izquierda sujeta el vaso de ginebra que ha de ayudarle a ingerir las diez cápsulas de sedante que le permitirán llegar apaciblemente al otro lado... La erguida barra metálica que sujeta la bolsa de suero desde la que cae directamente a su torrente circulatorio un líquido vivificante y salvador... El apacible sopor que le invade antes de que pueda llegar a su cama, dejándole tendido en el suelo del pasillo, junto a la puerta del dormitorio... La mesilla sobre la que reposan, esperándole, los pocos efectos personales que le acompañaron en su frustrado viaje...

– Tenían razón.

La voz procede de su lado derecho. Cuando consigue volver la cabeza, el muchacho le sonrío. No aparenta más de quince años pero la tristeza de su gesto le da el aire fatigado de un anciano.

– ¿Qué?

Los pensamientos parecen de plomo y se niegan a establecer un razonamiento lógico.

– Los médicos... Dijeron que te salvarías, aunque parece que estuviste a punto de palmar.

Las palabras suenan monótonas, como si no tuvieran un alma capaz de darles entonación. El chico tiene el pelo rubio, casi blanco, enmarañado y revuelto y su mirada azul parece atravesar el espacio y fijarse en un punto lejano, indefinido, sin lugar concreto.

– ¿Quién eres?

El hombre va organizando lentamente su cerebro, turbio aún como agua sucia.

– Tu compañero de habitación. Nos ponen de dos en dos para hacer más difícil que repitamos. Nadie se quita la vida delante de otro.

– ¿Qué quieres decir?

– Que estás en el palacio de los suicidas.

Sus manos se levantan ante él mostrándole las muñecas, ocultas tras dos vendas anchas y apretadas.

– ¡Por Dios! No me digas que has intentado matarte. Si sólo eres un niño... Tienes todo el futuro para ti.

– ¿Y qué? Mírate. Tú has vivido el futuro que tenías y no parece que te haya servido de mucho. De no ser porque fallé me hubiera ahorrado el tiempo que tú has perdido.

– ¿Por qué lo hiciste?

– Me quedé solo. Perdí a toda mi familia en un minuto. Un avión que decidió no volar. Y..., ¿sabes?... yo no estaba con ellos. Supuestamente, me quedé para asistir a un curso de verano. En realidad me había escaqueado del viaje para ir a un concierto con los colegas. El caso es que no pude acompañarles a donde quiera que hayan ido. ¿Y tú?

– Yo también me quedé solo. Pero no de una vez, sino despacio... Muy despacio. Todos se me fueron yendo poco a poco, uno tras otro.

– Por lo menos puedes recordar lo que tuviste. Yo sólo puedo recordar lo que ya no tendré.

El hombre se queda sin respuestas. Ante lo que ha oído no hay nada que decir, nada que hacer, nada que aportar... Nada... Con la vista clavada en el blanco lienzo del techo se deja llevar por la lánguida sensación de que, por muy desgraciado que uno se sienta, siempre hay otro más allá. Y comprende de repente que el único consuelo para la desgracia propia es el alivio de la desgracia ajena. Y, vacío de palabras, ruega en silencio a Dios que el chico no rompa el delicado cordel que empieza a unirle de nuevo a la vida.

– ¿Sabes jugar al ajedrez?

– Sí.

– ¿Querías enseñarme?

«Cuando estés otra vez allí, di que sí la primera vez que te pidan algo». Las palabras de la mujer retumban en sus oídos como si las estuviera escuchando en ese mismo instante y revelan ahora todo el significado que antes no había sabido entender.

– Desde luego.

– Me refiero a enseñarme a fondo. No me basta con mover las piezas a lo loco. Quiero ser capaz de ganar a cualquiera.

Un destello de ilusión brilla en los ojos vacíos del adolescente. Y eso es más de lo que podría esperarse de quien ha perdido la ilusión.

– Dominar el ajedrez no es fácil... Se necesitan muchos años de práctica... Claro que, bien pensado, tenemos tanto tiempo como decidamos tener. Si no te parece mal, puedes venirte a mi casa y vivir conmigo. Yo te daría mis recuerdos a cambio de un poco de tu futuro... Y, mientras, te enseñaré todo lo que sé de ese juego; y algo de lo que han llegado a saber los más grandes jugadores de la historia. Lo que no entiendo es por qué quieres aprender precisamente ahora.

– La señora me dijo que no me dejaría ir con los míos hasta que pudiera jugar una buena partida con ella. Una partida divertida. Una partida de verdad. Y me dijo también que no importa perder, siempre que se intente ganar.

La señora... La dama de negro. ¡Bendita sea! Antes había creído que bastaba desearlo para conseguirla. Pero, al parecer, estaba

equivocado. Ahora comprende que también ella tiene la libertad de rechazar a sus pretendientes. Como había rechazado al muchacho... Como le había rechazado a él mismo. Y que su rechazo, al contrario que el nuestro, es sinónimo de amor.

– Una gran mujer. ¿No te parece?

– ¿También tú la viste?

– Claro. Fui a buscarla..., como tú.

– ¿Quién es?

La pregunta no tiene otro objetivo que confirmar lo obvio.

– La muerte.

– Nunca había pensado en ella antes. Parece buena gente.

– Es buena gente. Muy buena gente. Y nos ha tratado mejor que la vida.

– No me importaría encontrarla otra vez.

– Volveremos a verla. Puedes estar seguro... Está esperándonos para jugar con nosotros la última partida. Pero no creo que se disguste si nos retrasamos un poco. En vez de ir a buscarla, dejaremos que sea ella quien nos llame. Y, mientras, nos prepararemos para ponérselo difícil.

Luis Bernaldo de Quirós, licenciado en Medicina y especialista en Anatomía Patológica, ha desarrollado su carrera profesional en diversos hospitales de Madrid y actualmente participa en actividades docentes. Ha escrito dos novelas: “El Juego de la Vida” (Elan 2060) y “El Comercial de Almas”.

Vive en Manzanares El Real desde el año 1999.

Un presentimiento

de Miguel Recio González

2º Premio Categoría "Residentes"

Un
pre-
senti-
mien-
to

Un presentimiento

A las doce de un mediodía ardiente, tuvo el presentimiento de que algo malo iba a suceder. Como siempre, el presentimiento vino acompañado del recuerdo de su padre. Intentó calcular, aplastado por el bochorno que parecía condensarse en el cobertizo hasta convertirse en un cuerpo sólido, cuántos años habían pasado. Se limpió el sudor de la frente y el cuello con un trapo cubierto de huellas antiguas de carburante. ¿Cuántos años hacía que se fue por última vez, la definitiva, la honrosa? ¿Quince, veinte? Más, al menos veinticinco. Le había odiado tanto que ya ni siquiera quería recordar el día de su entierro. Jodido viejo, me fastidiaste bien la vida.

Se inclinó para escupir sus recuerdos junto con la pajita que llevaba mordisqueando toda la mañana. Sus presentimientos, siempre tímidos y torpones, sólo servían para castigarle durante un par de semanas con un nudo en la boca del estómago, un escozor en la cabeza y el gesto agrio de estar sufriendo una úlcera. Asqueado, secó sus labios con el dorso de la mano mientras se recostaba contra la pared reclinando la silla de plástico blanco sobre sus patas traseras. A lo lejos podía ver temblorosas en medio de la calima del mediodía las primeras casas y el campanario de

la iglesia, como un espejismo que estuviera a punto de disolverse en medio del mar de rastrojos. Uno de los tejados que podía distinguir era el de su casa, la misma que levantaron sus padres hacía más de cuarenta años con lo ganado en las cosechas de aquellos años lluviosos que tanto añoraban los viejos del pueblo. La casa estaba hecha un desastre, habría que hacer unos arreglos, reparar goteras, enlucir paredes; pero para qué, total, para él y la vieja sobraban la mitad de las habitaciones. Cómo la jodiste, viejo, todas las fincas que tanto te costó ganar, los mejores regadíos de la vega, los viñedos, treinta hectáreas de jara y carrasca..., todo regalado a las sabandijas del pueblo, devorado por los picapleitos.

¿Serían estas tierras nuestras? Miró a su alrededor y negó con la cabeza. Qué más daba, para qué hacerse mala sangre. Pensó que era mejor no recordar esas cosas, eran peligrosas; si le daba por pensar demasiado en ellas, cualquier día cogía la escopeta y se cargaba a medio pueblo, y al ladrón de Juan, su jefe, el primero. Miró sobresaltado el reloj al acordarse de su jefe. Todavía faltaba media hora para su visita diaria, a las doce y media todos los días para echar un repaso inquisidor, soltar la bronca de rigor por cualquier tontería inventada y estar presente cuando llegaba la cisterna. Siempre con puntualidad inglesa. A ver, no tenía otra cosa que hacer en todo el día el muy ladrón. Eso sí, mandar se le daba a las mil maravillas: Matías limpia esto, Matías recoge aquello, Matías esto no puede estar así... Cualquier día salía de caza y terminaba peor que su padre. Si no fuese por la vieja, bien sabe Dios que se acordaban de él.

Se inclinó hacia la botella de agua que tenía en el suelo y echó un largo trago mientras se repantigaba un poco más en la silla barata de camping. De vez en cuando sentía con alivio un soplo de aire fresco venido de no se sabía dónde, que empujaba por un momento el calor condensado debajo del techo de uralita. Si por lo menos dentro, en la tienda, tuvieran aire acondicionado...; pero no, para qué, si el único que se cocía a fuego lento allí todo el día era él, para qué gastarse cuatro cochinos duros. Esta vez el viente-cillo arrastró el pesado olor a gasolina y trajo consigo un aroma a paja seca y tomillo. El olor del monte le ayudó a olvidarse de su jefe y pensó en la temporada de caza que comenzaría pronto. En quince días se abriría la veda de la codorniz. El año prometía: había visto buenas polladas de perdices y codornices, esa misma mañana había espantado lo menos ocho detrás de la gasolinera. Adormecido, repasó las laderas y barbechos donde iría el primer día de la veda; él sabía bien dónde encontrar las bandadas, conocía bien el coto. Los demás cazadores le observaban disimuladamente cuando salía de madrugada al monte, le miraban con envidia cuando se cruzaban con él y comparaban los morrales. Todas las horas de soledad que mataba pateando los encinares y secanos del pueblo de algo debían de valer. Con cada gota de sudor que dejaba trepando por las laderas salpicadas de encinas conocía un poco mejor cada familia de perdices, cada cuna de liebre, las tierras por las que tenían querencia los conejos a primera hora de la mañana. Jamás compartía sus descubrimientos con ningún hombre del pueblo, de eso nada, bastante le habían robado ya. Sólo se

lo contaba a su madre, en la cena por hablar de algo y hacer más llevaderos los silencios. No había miedo de que lo contase a las chismosas de las vecinas: la vieja no hablaba con nadie, pobrecilla.

Con los ojos entrecerrados creyó ver una sombra oscilante que caminaba hacia él por la carretera, una silueta que parecía flotar en medio de la nube de calor que desprendía el asfalto. No hizo caso de la figura, se rindió al sopor y cerró los ojos. Con la primera cabezada se despertó sobresaltado. Cuidado, Matías; si te pillas el jefe, estás aviado. Miró de nuevo la hora y al levantar la vista se encontró de nuevo con la figura, mucho más cercana ahora. Te has dormido; cuidado, Matías, cuidado. Concentró la vista intentando descubrir de quién se trataba: un hombre, sin duda. Caminaba a buen ritmo, aunque con el vacilar en los pasos que acompaña el comienzo de la vejez, ligeramente inclinado hacia delante, la pierna derecha un poco renqueante. ¿Quién viene por aquí con esta calorina? Se levantó sin perder de vista al hombre. Ramón, ¿es Ramón? Resopló disgustado. Sí, sin duda era Ramón.

No le gustaba aquel hombre, no le perdonaba la mujer que tenía y además siempre se empeñaba en hablarle de su padre: tu padre decía esto, tu padre hacía aquello, te pareces muchísimo a tu padre, siempre con el padre en la lengua. Pensó que iría camino de la huerta que tenía cerca de allí, al lado del río, aunque le extrañó que no fuera en su motocicleta. Se lo habrá prohibido su mujer, esa puerca. No tenía ganas de que nadie más viniera a recordarle a su padre, así que entró en la tienda y se acercó hasta el mostrador.

Sabía que si le saludaba pararía a charlar con él un rato, siempre con sus bromas y sus sonrisas, como si fueran amigos de toda la vida, como si no estuviera casado con quien estaba casado, y al final, irremediablemente, siempre con los recuerdos de su padre. No se sentía con fuerzas de soportarlo, así que simuló que ordenaba unos papeles al lado de la caja registradora. Mientras, miraba de reojo a Ramón que cuanto más se acercaba, más aplastado parecía por el fuego que bañaba la carretera. ¿Pero dónde va este hombre sin gorra? Esa bruja podría dejar de chismorrear y preocuparse un poco más de su marido.

Odiaba a Concha, la mujer de Ramón, como sólo se puede odiar a un vecino con el que has convivido toda tu vida, con el resentimiento rancio y amargo acumulado a lo largo de toda una vida. Esa mujer había sido la culpable de todo, estaba seguro, con sus brujerías había destruido a su padre. Sólo hacía falta mirarle a los ojos para saber de dónde salían todos los embustes que se hablaron en el pueblo durante años, treinta años soportando la afrenta en la casa de al lado, treinta años abonando rencores. Ramón no tenía culpa; era otro pobre diablo, uno más, el tercero, que había caído en las trampas de esa víbora. Bajó más la cabeza y su mano callosa y repleta de grietas ennegrecidas de gasóleo y aceite se crispó, aplastó con rabia el papel que sujetaba. Esa mujer, maldita, si no fuera por no dejar sola a su madre, ya la habría mandado al cementerio, a hacer compañía al imbécil de su padre. Sintió que se ahogaba de rabia y logró dejarla escapar con un gru-

ñido que abandonó detrás de sí una congoja que a punto estuvo de hacerle llorar como tantas veces de niño.

¿Habría pasado ya de largo el viejo? Soltó los papeles y apretó con el dorso del dedo índice los ojos bien cerrados para controlar la traidora humedad. Al tiempo que negaba con la cabeza, dejó escapar un largo suspiro que interrumpió el estrépito de la puerta al golpear las bombonas de butano amontonadas a la entrada. Pero qué... Sintió en la nuca el aliento helado de los desastres. En la puerta, apoyado el hombro contra el marco de aluminio, el rostro desencajado, los ojos vidriosos que no parecían ver a nadie, empapado de sudor y tembloroso, estaba Ramón, y en su camisa, anunciando una nueva catástrofe que venía a cruzarse en su vida, brillaba una enorme mancha de sangre.

— ¿Qué te ha pasado Ramón? ¿De dónde vienes así? —gritó con voz asustada al tiempo que rodeaba el mostrador y con pasos rápidos se dirigía hasta el anciano. Llegó a su altura y aunque extendió el brazo hacia él, no llegó a tocarle. Las manos, los brazos, incluso la cara y el pelo estaban manchados de sangre; la pechera de la camisa, empapada. Un olor rancio y ácido, como de óxido mojado, saturó el barracón.

— ¿Qué te ha pasado, hombre? ¿Estás herido?

El anciano pareció verle por primera vez y comenzó a negar por la cabeza. Intentaba hablar pero sólo era capaz de imprimir a sus labios un temblor como el de un niño que empieza a hacer pucheros.

– ¿Estás bien?... Ven, anda, siéntate.

Sentía el corazón desbocado y notó que las piernas le temblaban. Acercó el taburete de madera tosca que su jefe empleaba como escalera con la que alargar sus escasos centímetros a una pequeña zona de sombra detrás de la nevera, lejos del sol que se colaba abrasador a través de los ventanales. Animó al anciano a que se sentara con una seña de su mano poco decidida. Ramón agachó la cabeza, dio dos pasos derrotados y se dejó caer sobre el taburete; apoyó las manos sobre sus muslos y empezó a mover los labios como hacían las mujeres del pueblo al rezar el rosario, como hacía su madre cada tarde. Su madre, se asustó al pensar en su madre, notó como el corazón le inundaba el pecho y la garganta, vivimos pared con pared con Ramón, mi madre...

– ¿Qué ha pasado, Ramón? Dime algo, hombre. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces aquí?

Intentó tranquilizarse, se frotó las manos contra los pantalones del mono de trabajo y miró a su alrededor, buscando ayuda en los pocos trastos que les rodeaban. Clavó la vista en el teléfono y pensó en llamar al cuartel de la guardia civil, en llamar a su jefe, en llamar a su madre. No, a su madre no; si estaba, iba a asustarla y si no estaba... Su jefe. Miró el reloj de pared y se dio cuenta de que su jefe debía de estar a punto de llegar. Mejor, esperar a Juan; era un cabrón, pero siempre sabía qué hacer. Se obligó a mirar con calma al anciano, intentó ver

si estaba herido: la sangre parecía antigua, llevaba la camisa desabrochada hasta la mitad del pecho y no se veía ninguna herida. En los brazos, tampoco. No era médico pero era cazador, y esa sangre parecía sangre coagulada, húmeda de sudor, pero sangre antigua.

– ¿Qué te ha pasado, Ramón? ¿De dónde es toda esa sangre?... Espera, ¿quieres beber un poco de agua?

Abrió la nevera y sacó un botellín de agua casi helada. Se lo acercó a Ramón, se lo puso a un palmo de la nariz y Ramón pareció despertar. Levantó la vista, se fijó en él como si fuese la primera vez que lo veía. Sus labios dejaron de temblar.

– Siempre me ha hecho la vida imposible —susurró.

– ¿Quién? —preguntó, aunque en ese mismo instante supo lo que había pasado en casa de Ramón. La ansiedad se hizo a un lado y dejó paso a la curiosidad.

– Siempre me ha tratado como un mierda; pero esta mañana no he podido más, no he podido soportar más esa sonrisa —dijo el viejo con una rabia repentina.

– ¿Dónde está Concha, Ramón? ¿Está bien Concha? —murmuró.

– Ya no va a sonreír más, ya no va a tratarme más como si fuera un mierda.

Lo ha hecho, ha matado a la vieja. De repente sintió una fuerte sensación de miedo y culpabilidad, como si fuese él quien hubiera matado a la vieja. Respiró hondo, pensó que todo el pueblo iba a pensar que había sido él y sintió pánico. No seas estúpido: tú no has hecho nada, aquí está Ramón, ha sido él, ya nadie se acuerda de tu padre, de los años de infierno que has tenido que pasar viviendo pared con pared con esa mujer.

— Ha sido por ti, por tu culpa —rezó el viejo, como sorprendido de lo que acaba de decir.

— ¿Qué coños dices, Ramón? Dime de una vez qué te ha pasado o llamo a la guardia civil ahora mismo —respondió, intentando sonar autoritario sin éxito.

— He matado a Concha, la he matado.

Ramón se tapó la cara con las manos, apoyó los codos en los muslos y empezó a sollozar. Lo sabía, sabía que había matado a su mujer. En ese mismo instante, con una lucidez incomprensible, se dio cuenta de que sentía asco del viejo, de su sangre, del olor nauseabundo que desprendía su ropa, de lo que acababa de hacer. Él no era un asesino, él no era como Ramón...; él no era como su padre. De repente, por primera vez en muchos años, se sintió superior, se encontró tranquilo, dominador de la situación.

— Vamos, Ramón; tranquilízate y cuéntame qué ha pasado. Toma, bebe un poco de agua.

A Ramón le costó llevarse el botellín a los labios, le temblaba el pulso y un par de chorretones de agua helada le escurrieron por la barbilla y el pecho. No le ayudó, no quería tocarle, no sentía lástima: sólo sentía rabia y asco; siempre había sentido una especie de ahogo rabioso cuando se había tropezado con una injusticia, con un abuso, con una cobardía como la que Ramón acababa de cometer. Por mucho que hubiera fantaseado durante tantos años con matar a Concha con sus propias manos, nunca habría sido capaz de hacerlo. No dejaba de tener gracia la cosa: en lugar de querer dar un abrazo a Ramón, tenía ganas de patearle el culo hasta la puerta. Se le escapó un bufido de risa que enseguida ahogó avergonzado. Miró a Ramón temeroso de que se hubiese dado cuenta, pero Ramón miraba al suelo mientras trataba de recuperar la respiración.

Miró a través del ventanal hacia el pueblo, por el rabillo del ojo había visto algo que llamó su atención. Una luces azules que giraban enloquecidas y distorsionadas en medio de la reverberación de horno de la carretera y las tierras agostadas. La Guardia Civil, vienen hacia aquí, ya lo saben. En lugar de alivio porque vinieran a librarle de este desastre, sintió una punzada en la zona del cerebro donde reposaba su desazón. Volvió a sentirse culpable.

– Pero qué demonios —murmuró.

¿Había dicho hace un momento algo Ramón de que él era el culpable?

— Ramón, ¿por qué has dicho que ha sido culpa mía? —preguntó con voz comprensiva mientras doblaba la cintura para dejar su cara a la altura de la de Ramón.

El viejo comenzó a asentir una y otra vez con la cabeza. Sintió de nuevo que el corazón iba a salir dando saltos por su boca.

— ¿Qué tengo yo que ver con todo esto, Ramón? —balbuceó.

— Todo, he hecho esto por ti..., y por tu padre, claro.

Se incorporó y se pasó la mano por la frente. Estaba chorreando, se notaba como al final de una carrera a las tres de la tarde de un mes de julio, como cuando todavía era capaz de coger las perdices a la carrera, con la salvedad de que ahora se sentía como si la perdiz fuese él.

— ¿Qué tiene que ver...?

— Esta mañana —le interrumpió Ramón—. Esta mañana te he visto por la ventana, cuando salías de casa, y a tu madre también. He visto cómo te miraba desde la puerta.

El viejo se interrumpió, agachó la cabeza, comenzó a negar.

— Y al darme la vuelta —retornó a gimotear Ramón—, allí estaba Concha, con esa sonrisa.

El viejo se enderezó sobre el taburete, se pasó el dorso de la mano por la cara, se secó las lágrimas. Un manchurrón de san-

gre le atravesó el rostro como un antifaz. Respiró hondo, trató de controlarse, apretó los labios y asintió con la cabeza, con el gesto convencido de quien ha hecho lo que tenía que hacer.

— Ahí no pude más, no pude soportar ni una vez más esa sonrisa.

— Sí, y ahí la mataste. ¿Es eso, Ramón? —volvió a agacharse hacia él, le habló con voz amable, simulando un sosiego que no tenía—. ¿Pero qué tiene que ver eso conmigo y con mi madre?

Ramón levantó la vista hacia él; pero fue como si no le mirase, como si no le hablase a él.

— Todo fue idea suya, ella lo planeó todo. Yo sólo me dejé arrastrar como un cordero.

Presintió que no quería escuchar lo que iba a decir el viejo.

— Todo, incluso fue ella quien se encargó de robarle la escopeta a tu padre... Tu padre era un buen hombre, Matías —alargó la mano para apoyarla sobre su hombro.

— ¿Qué escopeta...? —se atragantó Matías, se enderezó, escapó del alcance de la mano reseca y cobriza.

— La escopeta de tu padre —se lanzó ahora decidido Ramón—, la escopeta con la que maté a Paco, el primer marido de Concha.

Retrocedió un paso espantado, negó con la cabeza.

— ¿Qué estás diciendo, Ramón? —dijo con voz de lija—. Mi padre mató a Paco, y no quiero que me hables de eso.

Ramón negó con la cabeza, miró al suelo.

—Todo, idea suya; yo sólo disparé. La idea de cargarle el muerto a tu padre, de usar su escopeta. Fue a ella a quien se le ocurrió esconder el arma donde hasta un tonto pudiera encontrarla —habla bajo pero decidido Ramón, como si ya nada ni nadie pudiesen pararle—, era ella la que estaba segura de que su declaración en el juicio sería la condena de tu padre.

Ramón dio otro paso hacia atrás, miró hacia la carretera y vio la polvareda que el todoterreno verde de la Guardia Civil dejaba al entrar en la explanada de la gasolinera. Volvió a mirar a Ramón y recordó el rostro de incomprensión de su padre, ese rostro confundido, los ojos perdidos de quien no entiende nada, el gesto asustado con el que le vería durante sus últimos años, cuando ya le odiaba, en las visitas obligadas a la cárcel, sentado a la mesa de la cocina, postrado en cama durante días enteros los pocos meses que sobrevivió a su liberación, un rostro en el que no había señales de que se diera cuenta de lo mucho que le odiaba su propio hijo, por sus engaños, por haber destrozado su vida, ya siempre estigmatizado como el hijo del asesino, por haber destrozado la vida de su madre.

Recordó todo el proceso, el día que el teniente de la Guardia Civil entró en su casa cargado con la escopeta de caza, su voz ron-

ca y amenazadora, su miedo en un rincón de la cocina, el rostro asustado de su padre, las lágrimas de su madre, las miradas entre curiosas y avergonzadas del cabo, las esposas brillando letales en la oscilante claridad del pasillo, la cabeza hundida en unas espaldas que de repente eran de anciano, los pies arrastrados, las habladurías de la gente, que si Concha se había despertado asustada por un estampido, que si le había visto saltar la tapia del patio, que si se había tropezado con el cuerpo de su marido flotando en medio de un charco de sangre, de las medias palabras que todo el pueblo la había escuchado una y otra vez, en la plaza, en la tienda, en la iglesia, en la puerta de su casa, de los reconocimientos que escupía bajo el cobijo de su luto, que sí, que hubo algo entre ella y ese hombre, de cómo disfrutaron muchos que decían ser sus amigos contándole con detalle morboso todas las cosas que Concha había gritado en la puerta del cementerio antes de caer enajenada entre los brazos de diez mujeres, que nunca se hubiera imaginado que se iba a volver loco por ella, que todo había sido culpa suya, y enseguida la certeza, más que oída o entendida, respirada en el aire enrarecido de murmuraciones, de que todo el pueblo sabía que ese hombre era su padre y había dictado sentencia: Concha era una pobre mujer descarriada y el único culpable era su padre, que además de infiel a su mujer era un maldito asesino.

De reojo vio, o más bien sintió, cómo la pareja de la Guardia Civil bajaba del todorreno y se acercaba con paso dubitativo a la puerta, como si esperasen que algo viniera a librarles de lo que

tenían que hacer. Comprendió que iba a perder el testimonio de Ramón para siempre.

– Pero mi padre..., ¿estuvo con ella mi padre?

Ramón le miró y sus ojos vidriosos adquirieron una lucidez confundida, como si despertase de un sueño y no supiera dónde se encontraba. Le tocó por primera vez, le agarró de los hombros y le sacudió, una sola vez, un empujón seco y crispado.

– Mi padre, Ramón, ¿estaba enrollado mi padre con esa bruja?

Ramón sonrió condescendiente, como se sonríe a un niño que pregunta una estupidez.

– No sé... ¿y qué más da?... ¿no entiendes?...

La voz del guardia civil sonó a su espalda.

– Ramón, ¿qué has hecho, hombre?

Por inercia dio un paso atrás y les dejó su sitio. Poco a poco fue retrocediendo, perdió de vista la cara de Ramón cubierta por los uniformes verdes, chocó con el mostrador y se pasó la mano por la cara sudorosa. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir se dio cuenta de que tenía a su jefe a su lado y que Ramón caminaba renqueante hasta el coche de la Guardia Civil escoltado por los dos guardias que no se habían molestado en esposarle. Se dio cuenta de que su jefe le estaba hablando y trató de prestarle atención.

– ¿Pero me quieres decir qué ha pasado, hombre? Estás pasmado.

Abrió la boca para responder pero una intensa arcada le ahogó la voz. Volvió a reclinarse contra el mostrador, se inclinó, sintió que le costaba respirar y pensó cómo demonios se iba a perdonar haber odiado durante tantos años a su padre.

Miguel Recio González nació en Valladolid el 22 de Enero de 1974. En 1999 finalizó sus estudios en ingeniería superior de telecomunicación en la universidad de Valladolid y desde entonces desarrolla su labor profesional en importantes empresas del sector de las tecnologías de la información y telecomunicaciones. Casado y padre de dos niñas, reside en Manzanares el Real desde Diciembre del año 2002, donde compatibiliza su vida familiar y profesional con su afición por la literatura.

Historia de un barrio: el mío

de Mari Pozas Mena

Mención Categoría "Residentes"

Historia de un barrio: el mío

Cerrando los ojos me voy hasta el año 1962 y es ahí donde empieza esta historia, que no es la historia de alguien en concreto, es la historia de un barrio y su vida, que poco a poco se está apagando como la vida de cualquier persona.

Este barrio tiene un nombre, se llamaba «Chamberí» (y no es el de Madrid). Con el tiempo fue sustituido por otro más generalizado y que abarca toda la avenida hasta el final de la carretera.

Bueno, Chamberí hoy es un anciano cansado de vivir y agotado por el paso del tiempo.

Sus muros son fuertes y resistentes y se niegan a caer. No lo fueron tanto sus vecinos, que poco a poco han ido faltando, pero en las fachadas de cada una de sus casas han ido dejando escrita su vida, su memoria.

Quince casas, quince familias, quince historias impresas en la memoria de una niña y su querido barrio:

1.- En primer lugar se encontraba la barbería, y aunque el barbero no vivía en el barrio, formaba parte de él.

La familia que vivía en la primera casa le había dejado una habitación para que pusiera la barbería, y así entró a formar parte de nuestras vidas.

Los dueños de la casa, la señora Filo y su marido, tenían dos hijos: una niña y un niño mayores que nosotros, por eso no formaban parte de nuestros juegos y diabluras; sin embargo, los hijos del señor barbero, que también tenía un niño y una niña, si eran de mi edad y las trastadas las hacíamos a medias María Jesús y Mario, así se llamaban.

María Jesús siempre llamaba mamá Filo a la dueña de la casa y yo le preguntaba por qué la llamaba así, y ella siempre respondía que porque tenía dos mamás y yo me quedaba muy confundida. Supongo que decía aquello porque la señora Filo cuidaba de ella y de su hermano cuando no estaba su madre y ese «mamá Filo» era de cariño.

2.- En la casa número 2 vivía la señora Cecilia; era viuda y tenía tres hijos, dos casados y uno soltero.

Tenía en su casa una pescadería, yo debería de ser muy pequeña (2 años más o menos) porque me acuerdo muy poco. Con el tiempo la quitó, pero de ella guardo muy buenos recuerdos. Era muy trabajadora y cuidaba de sus nietos que tenían más o menos mi edad.

De vez en cuando la hija que vivía en Mallorca mandaba de vacaciones a sus hijos, o se venían a vivir una temporada con la abuela; eso le cansaba mucho, pero también le daba vida.

M^a Luisa, Felisa y Maite, tres de sus nietos que vivían con ella para darle alegría y quebraderos de cabeza; las dos últimas eran amigas mías, sobre todo Maite era la que más me hacía reír. Era muy noble: me acuerdo de que cuando fue al colegio le dijo la profesora que se tenía que comprar otro cuaderno para escribir, se lo dijo varias veces y ella le contestó a la profesora que ya se lo había dicho a su tío y que éste le había dicho que le iba a comprar dos en vez de uno. Conforme se lo estaba explicando a la profesora se echaron a reír los demás niños junto con la profe, y ella no entendía el porqué de estas risas, se sentía sola y me decía que estaba «más aburrida que una ostra», y ésa fue la primera vez que oí esa expresión.

Enseguida se salió del colegio y se puso a trabajar para ayudar a su abuela. No tenía 12 años y tan pronto la veías pintando la fachada de la casa de su abuela, subida al caballete blanqueando, desatascando la chimenea o barriendo las zahúrdas de los cochinos que tenían en la parte trasera de la casa.

Una vez su padre hizo un comentario que se me quedó grabado: nos dijo que vaya nieta más trabajadora y más jabata que tenía (hablaba de Cecilia), mírala ahí estaba en lo alto del tejado pintando el caballete, era una niña tan trabajadora como su abuela.

3.- En la tercera vivienda vivía la señora Mauricia con su esposo. Sus hijos se habían casado y vivían fuera. La señora Mauricia tenía bastantes nietos pero se encargaba de dos de ellos. La madre de los niños murió al poco tiempo de nacer el pequeño y la abuela ayudó a su yerno a criar a los niños; éstos vivían tres casas más arriba, pero estaban todo el día en casa de la abuela hasta que su padre llegaba de trabajar.

Me acuerdo de que cuando íbamos a jugar a casa de su abuela y llegaba la hora de la merienda, nos daba un cuscurro de pan al que le quitaba la miga del centro y le echaba vino tinto con azúcar y estaba muy dulce; ésa era la merienda en aquellos años: la verdad es que los sueldos no daban para mucho. También tenían una cuadra en la parte de atrás donde guardaban las vacas y era el abuelo el que se encargaba de ellas. Con la leche preparaba unos buenos tazones de natillas y flanes para sus nietos y les hacía caramelos tostando azúcar para que se entretuvieran cuando se portaban bien, pues eran muy nerviosos y siempre estaban maquinando alguna trastada; se llamaban Raúl y José: seguro que guardan muy buenos recuerdos de su abuela Mauricia.

4.- La cuarta casa estaba partida en dos viviendas. María, «la Ruperta», era la dueña; en una vivía ella, y la otra la alquilaba a otra familia. Jacoba y Antonio, que también tenían dos hijos, Felito y Ceci, también fueron grandes amigos míos hasta que se fueron a vivir a Madrid; recuerdo que jugábamos en su patio y hacíamos concursos y pruebas para ver quién ganaba cualquier premio.

Ceci me intentó enseñar las cuentas de dividir, pero aquello me sonaba a chino y yo no entendía nada: era demasiado pequeña.

Su madre hacía rosquillas con las demás madres del barrio, entre ellas la mía. Nosotros estábamos toda la tarde alrededor del librito lleno de masa y de vez en cuando cogíamos un poco para comerla cruda, pues estaba muy buena. Las rosquillas eran hermosas y estaban buenísimas: la señora Jacoba era una gran repostera.

La primera televisión del barrio fue la de esta familia y todos los niños del barrio nos presentábamos todos los días a verla como si de un cine se tratase; era una televisión enorme (o así me lo parecía a mí); estaba sobre una mesa de televisor y con un transformador de luz en la repisa de debajo, pues la luz era a 125 vatios. Recuerdo haber visto en esa tele el 1, 2, 3 en blanco y negro, Bonanza, etc. Ese matrimonio no se enfadaba nunca con nadie por nada: fueron grandes vecinos.

5.- La quinta casa estaba habitada por un matrimonio sin hijos: Flora y Basilio. Él era alguacil del pueblo y con su trompeta daba todos los pregones que procedían del ayuntamiento; cuando iban a cortar el agua por alguna reparación, avisaba de calle en calle. En las casas no había agua corriente, pero había una fuente al principio de ellas y avisaban a todos los vecinos para que recogieran agua antes de cortarla.

Recuerdo que uno de sus pregones fue cuando se prendió fuego la sierra de La Pedriza y con su pregón buscaba volunta-

ríos para que ayudasen a apagar el fuego. Subieron casi todos los hombres y jóvenes del pueblo. Todos los vecinos estaban muy preocupados, pues las llamas se veían desde todo el barrio y los niños estábamos muy asustados y llorábamos de miedo. Gracias a Dios no le pasó nada a nadie, pero gran parte de la Pedriza se quemó.

Flora, su esposa, fue una gran persona. Era muy bajita y menudita; al no tener hijos, volcaba todo su cariño en los niños del barrio. Nos hablaba con mucho cariño y un día nos dijo que se había encontrado un tronco de un árbol de medio metro de altura con muchos nudos y huecos. En esos huecos había puesto pajaritos de algodón de todos los colores; barnizó el tronco y lo puso en un rincón. Nos lo enseñaba muy orgullosa: parecían pajaritos de verdad.

También nos enseñaba su muñeca Mary Popins: le daba cuerda y bailaba con su paraguas abierto y su gran bolso.

Pero de lo que más orgullosa estaba y de lo que más presumía era de su esposo; siempre decía cuando le veía venir: «mírale qué guapo viene con su uniforme tan replanchado», y le daba un beso.

Flora fue una de mis vecinas más queridas.

6.- La sexta vivienda era donde vivía el señor Antonio con sus dos niños; era viudo y su mujer era la hija de la señora Mauricia.

Éste era un hombre muy alto y delgado; fue muy trabajador y responsable con sus hijos: los supo sacar adelante con la ayuda de su suegra.

Estaba pendiente de que sus hijos hicieran las tareas del colegio. Éstos estaban jugando en la puerta con los demás niños y cuando llegaba la hora los llamaba y los metía dentro para que hicieran los deberes y pudieran avanzar en el colegio.

El señor Antonio era un hombre muy responsable y apreciado en el barrio.

7.- La séptima vivienda estaba habitada por un matrimonio mayor, el señor Valentín y la señora Julia, y su hija Julita, que cuidaba de ellos y trabajaba en Ulloa Ópticos.

También tenían vacas en la cuadra de la parte de atrás de la vivienda.

El señor Valentín tuvo un percance con una vaca y creo que a consecuencia de aquello le tuvieron que amputar una pierna. A partir de aquel día su vida cambió y siempre permanecía sentado en un sillón de mimbre. En el verano, cuando llegaba la tarde, su hija le ayudaba a que saliera al fresco y permanecía sentado durante horas viendo cómo jugábamos los niños del barrio, que siempre nos acercábamos a su puerta para que no estuviera solo.

Vendieron las vacas y la cuadra la utilizaban para guardar la leña para el invierno. Cuando llegaba ese momento, siempre había un retén de niños dispuestos a ayudarles a meterla y colocarla dentro de la cuadra.

Julita cuidó de sus padres hasta el final; su madre sufrió mucho antes de morir, pero su hija siempre estuvo a su lado.

8.- En la octava casa vivía otro matrimonio de ancianos, la señora María y Benino, que vivían solos. Tenían varios hijos casados, y una de ellas vivía en otra casa del barrio.

Recuerdo que una tarde la señora María llamó a la puerta de nuestra casa pidiendo ayuda, pues su casa estaba ardiendo. Todos los vecinos corrimos a ayudarles y como no teníamos agua corriente en las casas, subíamos a cogerla al caz que pasaba al otro lado de la carretera. Hicimos una cadena humana y todavía recuerdo cómo nos pasábamos los cubos, llenos de agua, de unos a otros. El primer cubo lo saqué de mi casa y, al echarlo sobre las llamas, salió una llamarada que me quemó las pestañas y el pelo y salí por la otra puerta de la casa, y allí estaba el señor Benino gritando y llamando a su mujer: le dije que se tranquilizara, que estaba bien, que estaba en Chamberí, que es como llamábamos a la calle de la carretera (hoy avenida de la Pedriza). Yo me salí por la puerta del corralón y me di la vuelta para coger más agua. Sólo se quemó un sofá que estaba al lado de la lumbre, pero se les ahumó toda la casa. Sus hijos se la tuvieron que empapelar, ya que a la pared no había forma de limpiarle el hollín.

Al cabo del tiempo el señor Benino se puso malo. En verano jugábamos al fútbol después de cenar, antes de dormir, y como formábamos mucho jaleo, salía a la puerta la señora María a de-

cirnos que nos calláramos, ya que el señor quería dormir, y todos nos callamos y dejamos de armar ruido.

Él murió a los pocos días y María se fue a vivir con uno de sus hijos.

9.- En la novena casa vivía otro matrimonio; Felipe y Encarna tenían dos niños, Felipe y Carlos, y dos niñas, Lucía y Mari. Felipe era albañil y trabajaba los sábados y los domingos en el cine del pueblo.

También tenían vacas, pero las tenían en un pajar que había al otro lado del corralón. Eran un total de cinco pajares.

Felipe era muy trabajador y le gustaba jugar con sus hijos al fútbol y bañarse con ellos en el río. Encarna era más seria; le gustaba sentarse al sol con las vecinas mientras cosían. Preparaban conservas de tomate de la huerta y hacían jabón con la grasa de freír que ya no servía; la guardaban y preparaban jabón para todo el año.

A los niños de Felipe y Encarna les gustaba jugar con sus amigos del barrio; en las siestas del verano se dedicaban a cazar lagartijas con tirachinas hasta que su madre les quitaba del calor de la tarde.

También les gustaba explorar una casa abandonada que había en la parte de arriba del corralón; digamos que les gustaba el riesgo, lo prohibido, explorar lo desconocido. También les gustaba jugar en las ruinas de la fábrica de papel continuo.

10.- En la décima casa vivía una anciana viuda; no tuvo hijos y se llamaba Encarna, como la vecina anterior.

Los niños le tenían mucho respeto, por no decir miedo, pues siempre parecía estar malhumorada con ellos.

Recuerdo una tarde que estábamos varios niños jugando a la pelota y mi hermano le dio tan fuerte que fue a parar al patio de la señora Encarna; salimos todos corriendo, uno para cada lado, pues la oímos pegar voces y pensamos: ya hemos perdido la pelota, y lo peor es que nos iba a echar la bronca y nosotros la temíamos como a «una vara verde».

Pero es que a la señora le dábamos unos sustos de miedo, pues entonces no teníamos agua corriente en las casas y cuando estaba la mujer tan a gusto fregando sus platos en un barreño en mitad del patio, le cayó la pelota desde lo alto: parecía que lo hacíamos aposta.

La pobre ya era mayor, pero salía a la calle que nos quería comer y diciéndonos que ya no nos daba la pelota, que la íbamos a matar de un susto, y se metía para casa.

Al rato volvía a salir la señora Encarna y nosotros otra vez a correr; entonces ella nos decía: «no corráis, anda, tomad la pelota, pero la próxima vez no os la doy». Y junto con la pelota nos daba unas manzanas asadas. Nosotros las cogíamos y, mientras le dábamos las gracias, le escuché a mi hermano pequeño que me decía

en voz bajita: «pues no es tan mala la señora Encarna», y es que, aunque parecía un poco gruñona, en el fondo también tenía su poquita de ternura hacia los demás.

11.- La vivienda número once estaba habitada por Luisa, que se quedó viuda muy joven; tenía dos hijos, M^a Bel y Javi, y también vivía con ella la señora Felipa, que era la madre de Luisa.

La anciana era muy cariñosa con sus nietos y con nosotros; tenía gallinas y las soltaba todos los días por la mañana, y por la tarde nos decía que le ayudásemos a guardarlas. Solía sentarse a la sombra de un árbol que tenía en la puerta del corralón.

Luisa era una mujer muy trabajadora y estaba muy pendiente de sus hijos.

M^a Bel ayudaba a su madre, pues limpiaban las escuelas y el ayuntamiento entre las dos; a Javi le gustaba jugar con nosotros y hacer trastadas con los demás niños.

Recuerdo que había un zarzal enorme en mitad de un prado a la otra orilla de la carretera en frente de la fila de casitas. En ese zarzal habían hecho las vacas una cueva donde se metían para que no les picasen las moscas, al menos eso nos dijeron; pues bien, nosotros utilizábamos esa cueva para ver a los que pasaban por la carretera sin que ellos nos viesan a nosotros.

Un día pasó el profesor de la escuela y vio cómo salía humo de las zarzas y se dio cuenta de que allí había chavales fumando:

les mandó salir y les acompañó a sus casas de uno en uno. Yo estaba en casa de la señora Luisa: tremenda bronca se llevó Javi, casi le da algo a su hermana cuando el maestro les dijo que le había pillado fumando. M^a Bel le dijo que eso era malo que se iba a morir por lo que había hecho. Lloraba más la hermana que él. Yo no se si él fumará ahora, pero a mí me causó un gran trauma y a lo mejor es por eso por lo que no fumo, quién sabe.

12.- En la casita número doce vivía otro matrimonio con 3 hijos, la señora María y el señor Benino; sus hijos se llamaban Benino, Mari y Antonio, el pequeño, que creo recordar que también le pillaron en el incidente del tabaco.

María y Benino tenían un quiosco en la Pedriza y creo que él arreglaba jardines. Manejaba un vespino y cuando llegaba del trabajo tenía que pasar por todas las puertas de las casas hasta que llegaba a la suya; se paraba a charlar con todos los vecinos hasta que María se asomaba a la puerta y le llamaba enfadada para que subiera a comer. Nosotros no parábamos de reírnos, pues era una escena que se repetía a diario.

María era hija de Carrasco y María, que vivían en la casa número ocho.

13.- En la vivienda número trece vivían Juliana y Julián; él era municipal y tenían dos hijos: Julián y Ana Mari; ésta era de la edad de mi hermana mayor y todavía recuerdo (aunque yo era muy pequeña) que teníamos una gata negra, y entre mi hermana y ella decidieron

bautizarla. Buscaron un niño que hacía de cura y Ana Mari fue la madrina: teníais que haber visto a la pobre gata cuando le echaron el agua por encima, salió corriendo y no había manera de cogerla.

En las noches de verano nos íbamos a sentar a su puerta, pues había una farola en su fachada y nos sentábamos al fresquito con los mayores; mientras que ellos charlaban, nosotros cazábamos polillas a la luz de la farola.

14.- En la siguiente casa vivían otros dos abuelos con un hijo soltero que ya era mayor. El matrimonio se llamaban Isabel y él creo recordar que se llamaba Ángel y le llamaban «el alguacil», porque también lo fue.

En verano venían su otro hijo y su nuera, Ángel y Julia, que tenían dos niños: M^a Mar y Miguel Ángel.

Yo me pasaba el día en casa de la señora Isabel, pues me gustaba jugar con M^a Mar, aunque era un poco más pequeña que yo. Nos llevaban al huerto que tenían a orilla del río y cogíamos peras, manzanas y nueces de un nogal muy grande. Esos manzanos, perales, nogales, etc., hoy están cubiertos por zarzales y broza: qué pena siento cuando los veo y me acuerdo.

Julia, su nuera, fue una gran madre pendiente de sus hijos y de nosotros, nos llevaba a su casa en cuatro peñas y nos invitaba a comer y a pasar el día con ellos. Jamás la vi enfadada; al contrario, nos explicaba muchas cosas.

Ayudaba a su marido Ángel, que cuidaba jardines y ella se iba con él. Un día nos llevaron a sus hijos y a nosotros, pero les dimos mucha guerra y dijo que no nos volvería a llevar: abríamos las mangueras de agua por todos los lados y echábamos el agua en cualquier sitio menos donde debíamos, y no conseguimos enfadarle. A los pocos días nos volvió a llevar.

15.- La última casa era de María y Cipri, otro matrimonio sin hijos; vivía con ellos el padre de María, el señor Antonio, que sufría de asma y le costaba mucho respirar. Era muy alto y le gustaba bajar hasta el pueblo dando un paseo; y cuando subía, venía cansado y se tenía que parar cada dos o tres puertas porque se ahogaba y se apoyaba en la pared de piedra que separaba las casas de la carretera. Siempre descansaba en los mismos sitios: uno de ellos era entre mi casa y la siguiente, y yo me sentía muy mal pues veía que le faltaba el aire; nos miraba y nos decía: «qué mal lo paso hasta que llego», y nosotros le acompañábamos.

Le gustaba adornar los tiestos de barro con chinás del río, y si mal no recuerdo también hacía cestas de mimbre. El señor Antonio fue una persona muy educada y muy humilde, como su hija María, que siempre se estaba riendo. María fue muy amiga de mi madre.

Este matrimonio fue el primero que se marchó del barrio; se compraron un piso porque decía que estaba cansada de acarrear agua hasta su casa y de pasar frío fregando y lavando en el río o en el caz que pasaba al otro lado de la carretera.

Pero antes de irse también dejó en mi recuerdo momentos muy agradables, como cuando compraron entre todos los vecinos una manguera muy larga, tan larga como las quince casas, para poder regar desde la fuente toda la carretera que por aquel entonces era de tierra, y así estuviera todo más fresquito y no entrara tanto polvo en las casas, porque fue cuando empezaron a subir muchos montañeros, coches y autobuses a la Pedriza y levantaban tanto polvo que tenías que meterte y cerrar la puerta para que el polvo entrase lo menos posible dentro de las casas.

A los pequeños nos gustaba la manguera porque nos metíamos debajo del chorro del agua a refrescarnos, pero los mayores preferían regar la carretera a cubos haciendo cadena desde el caz, pues hasta llegar al agua del arroyo tenían que bajar, al menos, ocho o diez escalones hasta llegar al agua.

En ese mismo lugar las mujeres del barrio lavaban la ropa y fregaban los cacharros también en invierno, y como hacía tanto frío se llevaban un cubo de agua caliente para meter las manos de vez en cuando. Después de comer mi madre metía los cacharros en un barreño, se lo apoyaba en la cintura y se iba a fregarlos, pero antes dejaba un cubo de agua al fuego de la chimenea para que se fuese calentando.

Yo era la encargada de llevárselo: un día me entretuve más de la cuenta, pues me despisté por estar jugando, y cuando llegué con el agua caliente al caz donde estaba mi madre lavando, me regañó

y me levantó la mano, pero en vez de pegarme una guantada, que me la merecía, lo único que hizo es salir ella llorando del dolor que tenía en las manos, pues casi las tenía congeladas por mi culpa. Desde entonces nunca volví a llegar tarde con el agua. El hielo se acumulaba en las orillas del arroyo y en las plantas y zarzas que colgaban sobre el agua.

Lavaban la ropa sobre grandes piedras alargadas que inclinaban sobre el agua y que al cabo del tiempo se desgastaban por el centro, sobre todo la de mi madre, que de tanto restregar con el estropajo desgastaba hasta las cucharas y las dejaba brillantes. Para fregar y lavar utilizaban el jabón que ellas mismas hacían y también fregaban con arena de pedernal que recogían las mujeres cerca de la presa. Recuerdo que había una cueva y ellas recogían de allí la arena a cubos; se juntaban una vez al mes para ir a por ella. Nunca he sabido dónde estaba ese lugar; me han dicho que se hundió con el agua de la presa.

Recuerdo que cuando lavaban la ropa blanca, para que blanquease más la ponían al sol enjabonada y la extendían sobre las zarzas del prado. El dueño del prado tenía vacas y una burra.

Donde fregaban las mujeres daba la sombra, pues estaba cubierto de árboles y zarzales, y el dueño del prado cerraba los laterales para que no entrasen las vacas y la burra dentro del caz. El cierre lo hacía a base de apilar ramas y zarzas, y así impedir que los animales saltaran. Las vecinas quitaban las ramas para tender

las sábanas al sol y llegó una vaca golosa que se lo comía todo, y cuando se quisieron dar cuenta, casi se había tragado una sábana, le quedaba por comerse la última esquina. La dueña de la sábana tuvo que agarrar de la esquina que quedaba fuera y tirar fuerte para poder recuperarla.

El dueño de las vacas siempre estaba regañándolas, pues dejaban el portillo de las ramas mal puesto y decía que se iba a meter la burra en el caz y se iba a ahogar. No sé cómo pero aquello sucedió: el caz llevaba dos cuartas de agua y la burra se ahogó. No sé si se enredó o qué pasó, el caso es que apareció en mitad del arroyo ahogada. Menudo susto se llevaron las mujeres cuando llegaron a fregar esa tarde; parece que las estoy viendo con el barreño apoyado en la cadera.

Chamberí era una gran familia que poco a poco está desapareciendo; muchas de las personas que he nombrado ya han fallecido pero siguen vivas en mi corazón, entre ellas mi padre.

Murió hace veinte años, la misma noche en que yo estaba recordando a todas estas personas ancianas y vecinos que ya no están con nosotros.

Salí llorando y dije que no quería ni imaginarme el día que me faltase mi padre, y llorando me quedé dormida.

Al día siguiente por la mañana temprano llamaron a la puerta: yo me sobresalté y pensé en mi padre. Fue un presentimiento que se cumplió tristemente.

Unos meses antes él había venido a vernos a Córdoba con mi madre y mis hermanos. Pasamos unos días estupendos, y el día antes de volverse a Madrid mi padre estaba subido a una escalera clavando un clavo en la pared; yo le estaba sujetando por la cintura para que no se cayese y un escalofrío recorrió mi cuerpo, pues se me vino a la mente que ésa era la última vez que iba a tocar a mi padre. No dije nada pero sentí mucho miedo.

El día que falleció nos pusimos en camino mi marido y yo; cuando llegamos a mi pueblo, era de noche y estaba nevando. Yo había gastado mis lágrimas en el camino: solo podía mirarle. Parecía estar dormido; fue cuando quise coger su mano cuando me di cuenta de que debajo de la sábana que le cubría solo había una frialdad helada e inerte. Me asusté y retiré mi mano de prisa: sentí el mismo escalofrío que meses antes cuando le vi por última vez.

Los primeros meses después de faltar mi padre le echaba mucho de menos y me reprochaba a mí misma el no haberme despedido de él y no haberle dicho que le quería, aunque él ya lo sabía, hasta que una noche tuve un sueño: era mi padre que venía verme a casa de mi madre; era de noche y nos sentamos en la puerta; le cogí de la mano, le dije que le quería mucho y le di un beso. Me desperté y me sentí como nueva.

Quiero dedicarles estos recuerdos con todos mis sentimientos a mi familia y a las familias de Chamberí, a las que aún están y a las que se fueron.

Éste es el homenaje más sincero de una vecina a su viejo barrio.

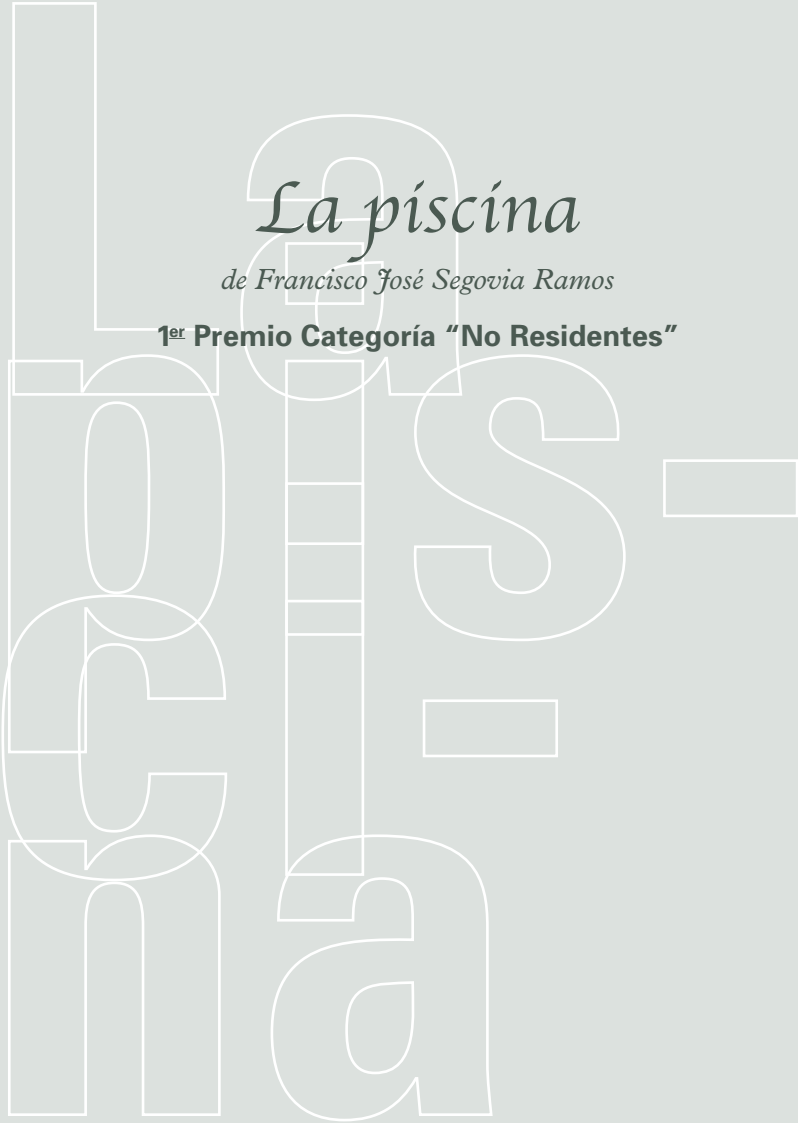
Un abrazo y hasta siempre.

Mari Pozas Mena nació en Manzanares El Real el 27 de Abril de 1961. Se sacó el graduado escolar y el carnet de conducir a los 34 años. Actualmente, después de haber residido en diferentes sitios de España, vive en Manzanares con su marido, su madre y sus dos hijos. Su hija estudia en Córdoba Orfebrería y Platería (dice ver cumplidos en ella muchos de sus sueños).

La piscina

de Francisco José Segovia Ramos

1^{er} Premio Categoría "No Residentes"



La piscina

La llenaron de agua limpia y cristalina al inicio del verano. La piscina, pequeña pero coqueta, se extendía detrás de la casa, en apenas treinta metros cuadrados, casi cincuenta cúbicos. Con su forma ovalada, y pintada totalmente de azul celeste, contrastaba con el pequeño jardín, cubierto de un césped inmaculado que sin embargo tenía algunos claros en los accesos a la barandilla que bajaba al interior de la piscina. Un recio roble proyectaba su sombra espesa sobre una pequeña parte de ella. La cancela que bordeaba el perímetro de la finca era alta, y se acompañaba por una fila interminable de pequeños abetos de unos dos metros y medio de altura, que se pegaban unos a otros sin solución de continuidad y garantizaban, con la opacidad que provocaban al exterior, la intimidad del jardincillo.

El verano contempló el ir y venir de varios niños y adultos entre el agua y el césped, el frescor del líquido de la piscina y el calor que apenas mitigaban las sombrillas clavadas en el jardín. El agua salía al exterior por dos medianos caños, y se evacuaba por el sumidero central, en la parte más profunda de la piscina. El cloro evitaba que bacterias u hongos crecieran en la líquida superficie, y

un ufano padre de familia mantenía limpia el agua de hojas y ramas caídas, para lo que utilizaba una pequeña red, ubicada al final de un largo mango de plástico duro pero ligero, con la que filtraba el agua y retenía los objetos más grandes, que apartaba y arrojaba a una bolsa de basura.

El recipiente que contenía las pastillas de cloro flotaba, libre de ataduras, en mitad de la piscina, como un juguete más, sin que se le hiciera mayor caso que el de mirar su interior cada día para sustituir las pastillas que se iban diluyendo por otras nuevas.

Un ligero olor a cloro —el típico que emana de casi todas las piscinas— acompañaba las risas de los niños, las barbacoas de las tardes y noches del estío, o las madrugadas en las que el matrimonio, ya con los niños acostados, hablaba de sus mundanales cosas, y hasta de lo divino y trascendente.

La piscina se convertía durante el estío en el centro de la vida familiar. Era la protagonista de un elenco en el que también aparecían los batidos fríos de naranja, fresa o melocotón, las cervezas en lata, la carne roja bien hecha, el marisco asado en la plancha, la pelota de goma —que estaba más tiempo en la yerba que sobre el agua—, la hamaca ocupada por cuerpos que se tostaban al sol, el equipo de música repitiendo una y otra vez toda una sinfonía inagotable de emepetrés, los cuentos de miedo leídos o inventados a la luz del pequeño farol del porche trasero de la casa, o el lejano ulular de un mochuelo que se alojaba en un parquecillo vecino.

La piscina, con su ligero olor a cloro, tan peculiar y agradable, tan sinónimo de limpio, era el centro de aquel particular universo.

Pero el verano, igual que las buenas películas, no dura mucho tiempo, y pronto las nubes ocuparon más cielo que el sol, y las lloviznas de finales del estío anunciaron que el otoño estaba al caer. Los chapuzones no eran tan agradables ni deseados como antes, y las hamacas no se ocupaban más que en las horas del mediodía o al principio de la tarde. La pelota de goma se desinfló, olvidada junto al tronco del roble. Las cervezas en lata se seguían tomando —¡faltaría más!— pero en la comodidad del salón de estar, aunque las ventanas permaneciesen entreabiertas y el olor a cloro penetrase por ellas todavía. La música casi no sonaba, porque su lugar lo ocupaba ahora la programación del televisor que, aunque no era variada, machacaba el cerebro con imágenes que cambiaban a mayor velocidad de lo que éste era capaz de aprehender y hacían que el universo entero se concentrara en la pantalla de plasma.

Después, el canto del mochuelo dejó de escucharse cuando las ventanas se cerraron herméticamente. El relente del exterior ya no se soportaba descamisado o en mangas de camisa, y resultaba incómodo. Los árboles se agitaban con los vientos otoñales. El cálido vino sustituyó, aunque fuera de manera provisional, la birra de las ocho de la tarde. La pelota terminó convirtiéndose en una mancha naranja y redonda que se iba cubriendo con las hojas de árboles que se desnudaban. El roble se limitó a permanecer con su hojarasca, con su conservador sentido del recato. La piscina,

entre tanto, había consumido su última ración de cloro, y el objeto que contenía las pastillas era sólo una carcasa inservible. Las hojas caían sobre el agua, y permanecían allí hasta que, empapadas de líquido, se hundían hasta quedar posadas en el fondo. El viento también arrastró arena y pequeñas piedras, que cayeron también en la fosa acuática. Las cañerías dejaron de manar agua, y el sumidero se quedó atascado por tanto objeto que había caído en la piscina. Por dejadez, o por olvido, la puerta que daba al jardín dejó de abrirse. La otra, la principal, era ahora el centro de la actividad.

Y es que los niños salían por allí para ir a la escuela, y por esa puerta se realizaban las salidas para la compra y llegaban también las visitas. El otoño dejó lluvias esporádicas y fríos duros y recios, pero secos. El césped se resintió, aunque sólo lo manifestó al cambiar a un ligero color marrón en algunos trechos. Alguien, en algún momento indeterminado, apareció un buen día en aquel lugar abandonado: llevaba productos de limpieza que dejó al borde de la piscina. Comenzó a limpiar sus bordes, en una tarea que le iba a suponer muchas horas de trabajo, pero otras tareas más perentorias llamaron su atención. Abandonó sus utensilios y se marchó, para no regresar. El olvido llegó por completo en invierno, cuando por circunstancias de vida laboral, la familia se trasladó de domicilio y un cartel con las palabras «SE VENDE» apareció en una de las ventanas de la casa que daba a la calle principal.

La piscina, con su agua estancada, estaba abandonada a su suerte. Por supuesto, ya no contenía tanta agua como en su mejor

época, porque ésta se había ido filtrando, poco a poco, gota a gota, por el atascado —pero no obstruido totalmente— sumidero. Partícula a partícula, el agua había ido desapareciendo, hasta quedar apenas un par de palmos de altura en su parte más profunda, y nada más que arena y basura en el resto. Estaba sucia, llena de hojas podridas y tierra arrastrada de mil y un confines. En una de sus esquinas, varado como un barco en la playa tras una tormenta, el depósito de cloro se deslucía en silencio, acompañado por el modesto cadáver de un gorrión, cuyas plumas, ocre y negras, se unían a aquella masa de despojos en que se había convertido la piscina.

Una tarde, a finales del invierno, un fuerte viento azotó aquella zona. Derribó farolas inquietas que apenas se sostenían sobre la calzada, y quebró las ramas de los viejos árboles. También levantó espesas nubes de tierra, y rompió los cristales de las ventanas desprovistas de cerrojos que se abrían y cerraban con fuertes golpes. En el pequeño jardín, la hamaca voló de un lado para otro, libre de parte de sus ataduras, hasta estrellarse contra el porche y quedar enganchada en su barandilla, como una mosca en la red de una araña. La pelota de plástico, apenas ya un boceto de sí misma, apenas una mancha que se confundía con la tierra, se levantó del suelo y desapareció más allá de la hilera de abetos que delimitaban la finca, para buscar otro lugar donde pudiera recogerse e hincharse. Los envases y botellas con los productos de limpieza se volcaron y cayeron al interior de la piscina. Varios de ellos se abrie-

ron con el golpe y derramaron su contenido en el agua podrida y sucia que quedaba.

La amalgama, casual y extraña, de cadáveres emplumados, agua estancada, arenas viajeras, restos de cloro y productos artificiales, tomó un peculiar color verduzco. Sobre la superficie, ondas irisadas se balanceaban sobre las microscópicas olas que formaba el viento que agitaba el espeso líquido. Durante el día, los rayos del sol llegaban hasta aquel rincón olvidado de la piscina. Un día, otro día, una semana.

Finalizando la segunda semana, cuando la primavera comenzaba a anunciarse con cierto rubor, verdeando el césped del jardín con nuevos tallos que, lenta pero incansablemente, germinaban a la luz, y las hojas comenzaban a brotar en las ramas de los desolados árboles, algo sucedió en la poza que antaño fue una alberca de agua limpia y clorada. Fue al atardecer. Soplaban una ligera brisa que agitó el limo acuoso, espeso y de un color verde negruzco. Su superficie se quebró con una pequeña burbuja, brotada del fondo cercano. Después, no sucedió nada más. Pasó la brisa, y a la noche sucedió el día. En la piscina, sobre la superficie antaño tranquila y calmada, empero se destacaban ligeras manchas blanquecinas sobre el oscuro líquido. De vez en cuando, pero sin cesar, más burbujas rompían contra la superficie. Cada una de ellas, al estallar, esparcía un cieno blanco a su alrededor. El área iba siendo cubierta por completo por el color blanquecino, espeso, que olía ligeramente a ozono.

A la cuarta semana el cieno se había transformado en una gruesa costra que ocupaba por completo toda la esquina de la piscina. Su color era ahora de un rojizo intenso, que destacaba sobre el azul sucio en el que estaba pintada la piscina. La costra se había convertido en una dura corteza sobre la que rebotaban las piedras que seguían cayendo, de vez en cuando, al fondo de la piscina. Incluso algunos pájaros se posaban sobre su superficie, sin que su peso la hundiese. Bajo esa protección, oculto y protegido de los rayos del sol y de la agitación del viento o los animales, algo se revolvió inquieto.

Al principio apenas era un mínimo latido que reverberaba a lo largo de todo el líquido. Después, conforme pasaron los días, la pulsación fue creciendo. Desde el centro de la masa comenzaron a brotar pequeños ranúnculos, semejantes a raíces, que tejieron una trama cada vez más intrincada. Se agarraban al suelo de la piscina, a la parte inferior de la dura superficie, a las paredes de la propia piscina. Se agarraban y, allí donde lo hacían, empezaba a crecer una vulva blanquecina en forma de pequeña cebolla.

Mediada la primavera, las vulvas habían crecido hasta tener el tamaño de pequeñas manzanas, ahora de un llamativo color anaranjado. Protegidas por el duro caparazón rojo de la superficie-armadura que las ocultaba, cada una latía a su propio compás. Aguardaban.

Una noche, como si hubieran esperado ese momento, a la luz de una luna llena que se enseñoreaba de la noche, todas las esporas se abrieron casi a la vez. Algo informe, alargado, húme-

do, y grisáceo, brotó de cada una de ellas. Se retorcieron sobre sí mismos, deshaciéndose de los jugos que los habían protegido y alimentado. Secos, limpios, hambrientos, los minúsculos seres —apenas de unos milímetros de longitud— ascendieron hasta la parte inferior de la costra rojiza que protegía todo el accidental estanque. La taladraron y salieron al exterior. Se arrastraron sobre ella, sin llegar a los bordes, para no caer fuera, a lo desconocido. Contemplaron, con ojos inexistentes, todo el universo que se les ofrecía. Minutos después, en medio del sonido de los grillos y el canto de los mochuelos, se reunieron en el centro de su corteza, tierra propia, mundo particular, y debatieron con palabras no audibles y pensamientos no humanos.

Había chispa de inteligencia en sus mentes sin cerebro, y sensaciones de sentidos inexistentes, y sus palabras no dichas, y sus pensamientos no pensados, fueron uno sólo. Arrastraron tierra y formaron conos de puntas romas, huecos, en los que hicieron aberturas para poder habitar en ellos. Seguían alimentándose del agua estancada, y para ello descendían por los pozos que habían perforado hasta la superficie. Era un continuo trajinar arriba abajo, sin que supieran a ciencia cierta qué era «arriba», o qué era «abajo». La noche dio paso a otro día. El sol acarició la tierra y las viviendas nacidas durante la sombría protección de la noche lunar. Protegidos de sus rayos, los seres nacidos de la mezcla aleatoria descansaban. Unas horas eran unos años, o unos siglos. En la metamorfosis que se produjo durante una jornada sola, las cria-

turas desarrollaron apéndices que acababan en garfios. Esa noche, algunos, los más atrevidos, picados por una curiosidad que hasta entonces desconocían, escalaron las lisas paredes azules de la piscina. Fuera, a la luz de las estrellas, recorrieron, a pasos medidos de sus patas retorcidas, los pocos centímetros de cemento que los separaba del césped que ya verdeaba. En las penumbras, sus diminutas figuras anaranjadas eran indistinguibles de cualquier ramita o brizna de yerba seca. Avanzaron hasta el límite del territorio que les era familiar. Sus cuerpos, acostumbrados a la tierra rojiza, hogar y alimento a la vez, y a las paredes escarpadas de la piscina, se encogieron de miedo al sentir la humedad del césped, y el tacto de otro ser vivo.

Casi todos los diminutos seres retornaron a la seguridad del fango primigenio. Sólo unos pocos, apenas media docena, continuaron su atrevida inspección de lo ignoto. La noche era una luna menguante que se cruzaba con las titilantes estrellas que se atrevían a brillar en un cielo cada vez más contaminado. Pero nada de eso importaba a los atrevidos exploradores. Atravesaron el manto suave y desconocido y llegaron, casi sin querer, hasta el tronco del árbol centenario. La nueva forma, con su superficie rugosa y áspera, asustó a sus mentes inquietas, y cuatro de las criaturas, poseídas de un temor reverencial a lo desconocido, incapaces de superar sus propios miedos, retrocedieron para introducirse de nuevo en el césped consolador y huir hacia el refugio de sus hogares. De todos los atrevidos exploradores restaron dos. Se miraron

con sus mentes en continua expansión y se animaron a ascender ese nuevo obstáculo que se interponía entre ellos y la luz que adivinaban en lo alto, muy lejos aún de su alcance.

Con lentitud casi exasperante para evitar caer en el abismo cada vez más imponente, las dos criaturas se retorcieron y ascendieron a través de los pliegues del objeto desconocido que, a pesar de su forma extraña y retorcida, adivinaban que estaba vivo, aunque de una forma totalmente diferente a la que ellos habían conocido hasta ese momento. Mientras subían, la luna se fue moviendo en el firmamento y las estrellas desaparecieron mientras la luz de la alborada se vislumbraba al otro lado de las montañas.

Justo cuando llegaban a la copa, tras recorrer la rama más alta, uno de los atrevidos seres resbaló y cayó al vacío. Su compañero, impotente, lo escuchó descender a los abismos, y perdió el contacto con él después de unos segundos. Supo entonces que había dejado de vivir. El superviviente, incansable buscador de verdades, llegó hasta el extremo de la rama y, desde allí, contempló el amanecer. Era el primero de su raza que lo hacía, y se sintió diferente, como si ya no perteneciese a la estirpe nacida en el fango sino que fuera el heredero de esas luces que atisbaba sobre su cuerpo, y estuviera llamado a llegar hasta ellas.

Mientras observaba el nuevo cielo que se iba iluminando conforme el Sol lo llenaba con toda su enorme circunferencia, escuchó un ruido proveniente de abajo. Giró su cuerpecito en la

dirección en la que provenía. De la casa brotaban enormes seres que caminaban verticalmente y que se acercaron hasta el borde de la piscina, de su mundo. Hablaron entre ellos, no mentalmente, como hacía él con sus congéneres, sino arañando el aire con ruidos cadenciosos, ininteligibles. Después se alejaron, y el ser primigenio suspiró tranquilo porque sus congéneres estaban a salvo. Pero sólo fue un paréntesis de paz en un universo que devino en holocausto.

Los seres gigantes regresaron, y empezaron a arrojar productos malolientes sobre el terreno arcilloso en el que crecía la ciudad nacida apenas unas semanas antes. Luego abrieron los caños de la piscina, y el agua limpia comenzó a diluir y arrastrar el fango hacia el sumidero recién limpiado y abierto. Desde la rama la criatura asistió horrorizada al fin de toda una civilización, que desapareció, entre estertores acuáticos, por ese canal que la sumergió en las profundidades de la muerte.

Cuando todo terminó, la piscina estaba limpia y su mundo, aquél en el que había nacido y se había desarrollado, no existía. Estaba solo en un universo desconocido. Pero no estaba perdido. A pesar de su inexperiencia, de su ignorancia sobre lo que le rodeaba, su mente había seguido evolucionando a un ritmo millones de veces superior al de la naturaleza que lo había engendrado. Buscó con ojos capaces de detectar el más mínimo movimiento de los colores al ser que le haría llegar a lo más alto. Lo localizó posado a unos metros de él, en otra de las ramas del árbol. Se acercó

con prontitud hasta donde se encontraba y, cuando fue descubierto por el extraño animal, se dejó tragar por un pico corvo y duro.

Una vez dentro de aquel ser, lo poseyó. Ahora él era capaz de volar. Agitó sus alas, graznó al viento que se levantaba a media mañana, y levantó el vuelo. Pasó por encima de la limpia piscina, y lamentó la pérdida de sus seres queridos, pero dejó atrás su pasado como si fuese una carga que no quisiera arrostrar en su viaje. Pasó por encima de la casa en la que habitaban aquellos seres destructivos, y atisbó las altas montañas en el horizonte. Se dirigió hacia ellas, confiado en que, más temprano que tarde, sería capaz de ascender hasta la cúpula celeste y llegar hasta las lejanas estrellas.

Y mientras volaba intuyó, con una sabiduría de la que desconocía su origen pero que, sin embargo, daba por fiable, que lo conseguiría en muy poco tiempo.

Francisco José Segovia Ramos nació en Granada el 9 de enero de 1962. Es licenciado en Derecho y funcionario del Ayuntamiento de Granada desde el año 1987. Ha obtenido diversos premios literarios (entre otros, los primeros premios de los certámenes de Manilva 2009, Bustarviejo 2009 y el de Cartas de Amor de Lepe 2008). Es colaborador de diferentes revistas literarias (Kalepesia, Alkaid, Aldaba o miniatura), miembro honorífico de la Maison Naaman pour la Culture (radicada en Beirut, Líbano) y director y presentador del programa de Onda Maracena Radio “Más Madera”. Ha publicado la novela “El Aniversario”, por ediciones Hontanar.

LUX *Lux perpetua (exordio)*

de Juan Manuel Sainz Peña

2º Premio Categoría "No Residentes"

perpetua
perpetua
(exordio)

Lux perpetua (exordio)

Museo de los Primados de Italia. El Vaticano, Roma.

16 de septiembre de 2008.

El zapato de piel marrón y hebilla dorada con el número 34 en la lista del catálogo de pertenencias papales se parecía a un pez. Encerrado en la vitrina de cristal, era observado por los visitantes como una curiosidad más de la exposición permanente.

A pesar de los muchos años transcurridos, el calzado conservaba, aun manchado de cera, la dignidad de un anciano. Tenía todavía las costuras intactas; el remate dorado del pasador, brillante, y las arruguillas del empeine como el certificado de autenticidad de que aquella pieza había sido utilizada en verdad por el Sumo Pontífice León XIV hasta el día de su muerte.

Ahora, ciento ochenta y cuatro años más tarde, reposaba en el silencio solemne de la sala de los Primados, aquella maravilla de suelos de mármol de Carrara que casi reflejaba los frescos de Carlo Arezzo rematando la imponente bóveda del edificio.

A los pies de la vitrina una plaquita explicaba la leyenda de aquel zapato, de qué estaba manchado, y a quién había pertenecido. En inglés, francés, alemán, español y, por supuesto, italiano, el cartel narraba sucintamente cómo había llegado aquel solitario zapato hasta el museo. Sin embargo, turistas venidos de todos los lugares del mundo, con sus cámaras digitales en ristre, apenas le prestaban atención, pues la pieza estaba cerca de pinturas y esculturas mucho más llamativas.

Pero lo cierto es que ninguno de todos los millones de visitantes que van a Roma a lo largo de un solo año pueden sospechar siquiera la verdadera historia que encierra ese zapato. Ahora, tal vez, sea el momento para contarla...

Roma. 14 de abril de 1824

Sentíamos la piel ya fría, abandonada la vida tras la agonía afilada y amarga con que la muerte da la bienvenida a los que abraza. Aun así, el agrio perfume del fin no había invadido la sala. El incienso ahuyentaba en silencio la miseria del humano que fallece y formaba una borrasca dócil de volutas blancas que se elevaba camino de los frescos de la sala Clementina.

A lo largo de aquella mañana confusa y silenciosa, obispos, secretarios, mandatarios y purpurados desfilaron con los rostros compungidos, la mirada absorta en el cadáver de aquel Pontífice con las manos blanquísimas y el gesto agotado de quien se entrega resignado al final de los días.

Mientras el desfile de dignatarios se sucedía, ninguno de los dos hermanos pudimos evitar, a pesar del trance, cuchichear en voz muy queda cuanto estábamos viendo. Nos sorprendía, más que nada, ver la derrota en la cara de aquellos hombres que creían firmemente en la vida eterna, pero que se habían derrumbado de tristeza ante la marcha del Papa.

— Míralos —dijo con cierto desdén mi hermano, que contemplaba desde su privilegiada posición cuanto sucedía en la sala del Palacio Apostólico del Vaticano— han de convencer a todos de la vida eterna, de ser fuertes y entender que quien cree en el Padre vivirá para siempre, y ahí están con la tristeza de quien sabe que no va a ver nunca más a su ser querido.

Traté de mirar más allá de donde la maraña de piernas, candelabros y cíngulos morados me dejaban. La vista no era la mejor, pero sí pude ver lágrimas y escuchar rezos en latín. Pude también sentir, igual que mi hermano, que no se había separado de mí en ningún momento desde la muerte del Príncipe de los Apóstoles, cómo el aire se cuajaba por el dolor de la pérdida, y cómo el consuelo de la fe parecía diluirse en el denso líquido del duelo. Todavía así, pude contestar malhumorado por su impertinencia.

— Harías bien en callar y guardar respeto, hermano. Ya conoces a la curia y a Roma. Sabes que todo es cuestión de pura fe, pero que ésta flaquea cuando lo terrenal, y la carne que se pudre lo es; recuerda que se nace para morir.

– Eso es lo que más me irrita —aulló el otro soliviantado.

– Por favor, baja la voz —rogué.

– Lo que quiero decir es que no hemos parado de escuchar desde que llegamos a Roma cosas sobre el don de la vida eterna, el amor hacia ese Dios que ha de convertir al hombre en parte de Él, y mira. Míralos a todos. Lloran igual que hombres ateos, mahometanos o de cualquier otro credo. Porque, dime, ¿llorarías mi marcha si sabes que vas a verme de nuevo? ¿Cuál sería tu pena, hermano, si sabes que pronto vamos a estar juntos? Yo no sentiría más que algo de nostalgia, pero no creo que derramara una sola lágrima si estoy seguro de que tu marcha no es para siempre, y que habrá un lugar, llámalo paraíso o como quieras, donde vamos a volver a encontrarnos.

– Tu simpleza me extraña. ¿Es que no sientes pena? Olvida ese argumento y dime si no sientes tristeza por él, y si no vas a echar de menos sus viajes, sus bromas, su discurso, su amor por el prójimo...

– Tú y yo sabemos que el Papa también se enfadaba, y que a veces pareció más un tendero que un sucesor de Cristo.

– Exageras, hermano. No te das cuenta porque eres un necio cuando te empeñas. Olvidas, además, que también Jesús se enojó cuando vio la Casa del Padre convertida en una guarida de ladrones.

Voy a ponerte un ejemplo con algo que, seguramente, no habrás pensado. Hemos estado en Holanda, Bélgica; en España, en

Francia... Asistimos a cenas donde hemos podido escuchar conversaciones que pueden cambiar el mundo, hemos sentido el calor de la gente, hemos recorrido con el Papa kilómetros y kilómetros... ¿Cuál puede ser tu queja entonces?

– Me temo que no te entiendo —contestó mi hermano desabridamente.

– ¿Echarás de menos todo eso cuando la penumbra se adueñe de todo, cuando se vuelva oscuridad nuestra vida y quizá nos quedemos así para siempre?

Mi hermano pensó un rato, distraído por las formas del humo de incienso que seguían empeñadas en llenar de nubes y enturbiar las pinturas del techo de aquella sala.

– Nunca había reparado en eso —contestó finalmente con un deje de sorpresa.

– Algo así les pasa a ellos. Saben que volverán a verle, pero no saben cuándo. Es esa incertidumbre la que les duele, la ausencia indefinida y el sufrimiento de su muerte, aquella que ahora sentimos en nuestra piel plegada por los años.

– Supongo, hermano, que, como siempre, tienes razón.

Delante del catafalco, donde el Papa descansaba bajo un gran crucifijo, y custodiado por dos miembros de la Guardia Suiza, se escuchaban murmullos y expresiones de respeto. El Papa ves-

tía los hábitos pontificales: sotana blanca y casulla roja. Sobre la casulla fue colocado el palio, estola de lana blanca con las cruces negras, signo litúrgico de honor y jurisdicción, fijado con un alfiler dorado de gran tamaño. Sobre su cabeza, apoyada en tres cojines, reposaba la mitra, y a la derecha de su cuerpo tenía su báculo terminado en cruz. Todo el ritual, la vestimenta, la disposición del cadáver, las costumbres y el enigma que rodeaban el óbito papal, también irritaban a mi díscolo hermano.

– ¿Y qué me dices de toda esta parafernalia? Empezó Jesús su vida en un pesebre, y ahora sus sucesores viven en el Vaticano, mueren y se monta todo este número de barraca. Cuando murió ayer, además de asistir un médico para certificar su fallecimiento, el camarlengo tomó un martillito de plata y golpeó tres veces su cabeza llamándolo por su nombre. Una pamplina como cualquier otra.

¿Y qué me dices de los ataúdes? Todos se mueren y usan uno; pues para el Papa, tres. Uno metido dentro de otro. El primero, de olmo; el de en medio, de plomo; y el tercero, de ciprés, que, explican, es incorruptible, como si eso pudiera servirle para algo. Ya dice el refrán que tras el juego de la vida, el peón y el rey vuelven a la misma caja. Y créeme, hermano, si no fuera por el embalsamamiento, ya apestaría como el más mísero pedigüeño de Roma. Todo es faraónico, estéril e incomprensible, al menos para mí.

Me quedé esta vez en silencio, tratando de entender la crítica ácida y malhumorada de quien me había hablado. Era cierto, mi

hermano casi siempre estaba de mal humor. Los juanetes que había tenido que padecer le habían agriado el carácter desde hacía tiempo, pero aquella sarta de quejas me tenían muy sorprendido.

– Estás extraño, hermano. Hoy es un día para reflexionar. Pronto se cubrirá todo de tinieblas, del frío de la cripta de la basílica y el silencio eterno con el que la muerte enmudece cuando llega. Escúchate. Todo el tiempo criticando y cuestionándote cosas que nunca habías sido capaz de pensar siquiera.

Se hizo el silencio de nuevo. Mi hermano no tuvo esta vez nada que decir. Estaba mal humorado, o tal vez no era capaz de admitir la muerte de quien había estado junto a nosotros durante más de dos años. Por un momento, creo, a punto estuvo de pedirme perdón, pero el recuerdo de la proximidad del final le hizo enmudecer.

– Entonces, cuando lo entierren en la cripta, ¿ya no habrá luz?

– Así es —respondí con toda la serenidad que pude mientras pude ver reflejado en la hoja del hacha de plata de uno de los guardias suizos el cuerpo inerte del Pontífice, sus manos níveas aferrando el rosario, el rictus final, apenas disimulado por la fuerza terminante de la muerte.

Volvió a volar el incienso camino del cielo pintado de la capilla Clementina. Tosió uno de los guardias y quedó de nuevo todo en un silencio tan agudo que casi molestaba a los oídos.

– Tengo miedo, hermano. Daría lo que fuera porque nuestro fin nunca llegara, por no dejar de ver la hermosa luz de los días —ahora su voz sonó trémula y retumbó en mis oídos como un badajo llamando a los fieles en mitad de la noche.

– Nada has de temer, porque nada es eterno, ni siquiera Roma. Todo nace para morir, para desaparecer. Sólo resta la resignación.

– ¿Y no hay posibilidad de seguir aquí? ¿No podríamos seguir disfrutando de la claridad de los días, del fresco de la mañana, de las veredas y los campos? ¿Por qué hemos de conciliarnos con nuestra condición de efímeros?

– Porque la vida está dispuesta así —dije concluyente—. Pero puedes pedir mientras estés aquí por lo que deseas. Al Santo Padre o a Dios. Sólo has de tener fe. Aunque, a fuer de ser sincero, no te veo especialmente dispuesto para la oración ni la plegaria. Empero, todavía así, nada pierdes por intentarlo. Y ahora, si no te importa, hermano, quisiera dormir. Y tú deberías hacer lo mismo. Nos quedan tres días hasta el funeral y es mejor estar descansados.

Al poco nos quedamos dormidos hasta que nos despertaron para conducirnos, junto al Papa, al baldaquino de la basílica de San Pedro.

Si en la sala Clementina el silencio era un tul agobiante, en el nuevo lugar adonde nos condujeron para velar a León XIV el tiempo parecía pasar terriblemente despacio, como si las maneci-

llas del reloj se atascaran una vez y otra en aquel ambiente místico y tan rotundamente austero.

Miles de fieles desfilaron delante del Papa con la misma tristeza que obispos y cardenales, porque en el llanto y en la tristeza no hay ricos ni pobres, sanos o tullidos, nobles o villanos. Murmurando oraciones, contagiados de la solemnidad que se había adueñado de San Pedro, vimos pasar a gente de toda clase y condición. Algunos se arrodillaban y eran instados por las autoridades para que dejaran pasar. Otros echaban alguna flor a los pies del Pontífice, tan quieto como solo pueden estarlo los muertos. Tres días así hasta que llegó la hora de sellar definitivamente el fin de su existencia en este mundo.

— Soñé que finalmente se me concedía el don de la luz, el que me permitiría existir para siempre, en el mundo de los vivos —las palabras de mi hermano me sorprendieron porque había en ellas un deje de esperanza, pero también de cierto arrepentimiento por su actitud del día después de la muerte del Papa.

Llevado a hombros con delicadeza, fue introducido en los tres ataúdes junto a las tres bolsas de cordobán con las monedas de oro, plata y cobre acuñadas durante su pontificado.

Y después..., después todo ocurrió casi en silencio.

Fueron a cerrar la caja con los cordones de seda morados, pero cuando las manos del anciano e impaciente camarlengo

Stefano Patrica tomaron el cirio para grabar con su cera el escudo de armas del Pontífice, ésta dejó escapar un chorreón de líquido ardiente que manchó el zapato derecho de Su Santidad. Patrica torció el gesto. Tan ordenado y puntilloso a pesar de su desasosiego habitual, quiso limpiar el zapato, pero el cardenal de París, un hombrecillo decidido y voluntarioso, se apresuró a sacar el calzado al difunto para limpiarlo. Frotó con delicadeza, pero la cera se había incrustado en la piel y no pudo apenas arreglar el desaguisado. El camarlengo bufó importunado en medio del más absoluto silencio, pero una vez que el purpurado francés se dio por vencido y trató de colocar el zapato, la hinchazón de los pies del Santo Padre, a pesar del embalsamamiento, le impidió volver a ponérselo. Stefano Patrica, aturdido por aquel nuevo infortunio, ordenó quitar el otro zapato y colocar los dos junto al Papa, pero la situación se volvió desagradable y embarazosa porque el otro pie estaba aún más hinchado y no se le pudo descalzar.

Fue el mismo camarlengo quien lo intentó, pero sus tirones, aunque cuidadosos, daban al Papa un extraño vaivén que tensó todavía más la situación.

— Habrá que dejarlo así —murmuró alguien, y el camarlengo, con aire de fastidio, aceptó cerrar la caja de ciprés, deseando acaso terminar aquella escena tan desagradable que estaba retrasando a la comitiva camino de la morada definitiva de León XIV.

Antes de que el ataúd se cerrara, pude ver al cardenal de París con el zapato en una mano y el rosario en la otra; cuando fue a decir algo, el féretro ya había sido sellado y nadie se atrevió siquiera a insinuar romper la cera con el escudo de armas y volver a empezar. Imagino que la frente perlada del camarlengo por el esfuerzo y el sofoco fue suficiente argumento para que ninguno de los asistentes abriera la boca. Finalmente, Su Santidad fue llevado a hombros por la llamada puerta de la muerte hasta la cripta donde había de ser enterrado.

Nadie mencionó, jamás, aquel contratiempo, y mi hermano permaneció en poder del cardenal de París, que lo guardó como una reliquia, hasta su fallecimiento nueve años más tarde.

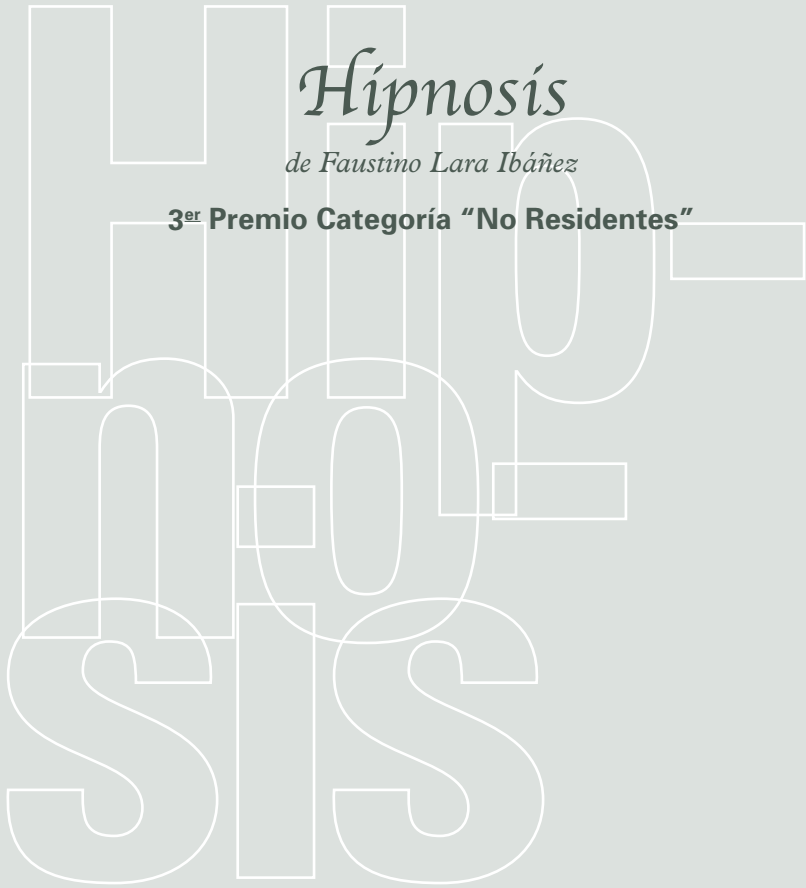
El resto de la historia son ciento ochenta y cuatro años y un puñado de metros que nos separan. Yo aquí, en la oscuridad inmarcesible de la tumba de Su Santidad, León XIV, y mi hermano gozando de la luz y de los días desde esa vitrina, solemne y callada, que protege delicadamente el secreto entre sus paredes de cristal.

Juan Manuel Sainz Peña gana a sus 17 años su primer concurso literario. Y desde entonces ha obtenido diversos premios de narración corta en Jerez, Ubrique, Cádiz y Mijas. Ha publicado las novelas “La mano de Dios”, “La alargada sombra de la bayoneta”, “El mensaje”, “El juglar” y “La caja azul”. Es columnista, crítico teatral y colaborador del Diario de Jerez.

Hipnosis

de Faustino Lara Ibáñez

3^{er} Premio Categoría "No Residentes"



Hipnosis

El público esperaba con desinterés la aparición en el escenario del famoso ilusionista Michel Dupont. A pesar de ser la actuación principal del programa de variedades que la televisión pública estaba grabando semanas antes de su emisión en Nochevieja, los figurantes (principalmente estudiantes universitarios ávidos por conseguir unos ingresos extras al comienzo del curso), contratados por las diferentes agencias de publicidad que se habían repartido aquel sugerente trabajo, que año tras año les aportaba unos nada desdeñables beneficios provenientes del erario público, estaban agotados después de dos semanas de intensas, extenuantes y a veces monótonas y aburridas sesiones de grabación. Por aquel escenario, que seguía siendo el mismo que años anteriores, aunque con ligeros cambios en el atrezzo que ponían de manifiesto, a modo de justificación, la inversión que el Estado realizaba un año más, independientemente del partido que gobernara la nación, ya habían pasado, interpretando sus canciones punteras y ayudados por un patético playback, los cantantes cuyos temas habían liderado las listas de éxitos musicales durante aquel año, los magos que, de nuevo, habían repetido el mismo número, aunque añadiendo

alguna novedad que otorgaba al número un relativo y discutible rango distintivo para acreditar sus honorarios; asimismo, también habían consumado sus respectivas actuaciones los mismos cómicos de siempre, que repetían sus mismos chistes añejos y exentos de gracia, y los flexibles contorsionistas que, también un año más, mostraban sus habilidades innatas, adoptando posturas y realizando movimientos con sus elásticos cuerpos difícilmente imitables, y que ponían a prueba los escrúpulos de los telespectadores que, según indicaban las encuestas que se publicaban el día siguiente (los sufridos encuestadores que cumplían con aquella ínclita labor tenían que ser de las pocas personas que trabajaban un uno de enero), eran principalmente insobornables onanistas que, impacientes, esperaban que concluyera aquel programa para disfrutar de un resumen con lo más granadito en materia sexual del año ya liquidado, y resignados abuelos que se quedaban en casa al cuidado de unos traviesos nietos que aquella noche estaban más despiertos y revoltosos que de costumbre.

Los realizadores del programa y los gestores de las distintas agencias que allí estaban representadas tuvieron que desplegar todas sus mañas para que los alrededor de quinientos figurantes, que habían soportado con firmeza aquellas tediosas sesiones de grabación, no se amotinaran, agotados e impacientes como estaban, cuando ya sólo quedaba la actuación de Michel Dupont, y reventaran aquellos últimos instantes que restaban para completar la cinta que debía ser emitida por la televisión pública la próxima Nochevieja.

Michel Dupont era un célebre ilusionista francés que había alcanzado la fama mundial después de reencarnarse en la piel de personajes ilustres de la historia mundial. Eran unas actuaciones espectaculares que no dejaban indiferente a nadie. El personaje elegido siempre procedía del país en el que realizaba el número. Lo escogía con una meticulosidad lunática. Se dejaba llevar por unas extrañas e incomprensibles directrices que le marcaba su intuición. Eran muy conocidas sus reencarnaciones en la persona de Leonardo da Vinci cuando actuaba en Italia, de Napoleón Bonaparte cuando lo hacía en su país de origen, o de William Shakespeare o de John Fitzgerald Kennedy cuando actuaba en Reino Unido o los EE.UU. respectivamente. La novedad de sus números residía en que sus puestas en escena eran fastuosas, auténticos espectáculos de luz y sonido de los que se ayudaba para encauzar los sentimientos y las sensaciones de sus espectadores y guiarles así a un mágico espacio de fantasía.

Algunos incrédulos aseguraban que sólo eran pantomimas muy bien recreadas porque Michel Dupont había concebido a su alrededor un sólido y equilibrado núcleo de profesionales estilistas que le disfrazaban perfectamente del personaje requerido para cada ocasión. Apostillaban aquellos incrédulos que sus actuaciones, en definitiva, eran simples imitaciones de personajes célebres de la historia. Pero aquel reducido grupo de detractores era ridículo y pasaba desapercibido para la inmensa cantidad de seguidores con los que contaba el prestigioso ilusionista francés.

Era la primera vez que, en su ya dilatada trayectoria profesional jalonada de éxitos y reconocimientos internacionales, actuaba en España. El simple hecho de que el acreditado ilusionista Michel Dupont se encontrara entre bastidores dispuesto a actuar por primera vez en territorio español era ya un éxito para los responsables que habían conseguido que viajara hasta Madrid. Tenía todo su espectáculo organizado para reencarnarse en breves instantes en la persona de Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista, cuando hasta los estudios de grabación llegó un correo urgente procedente de las altas esferas dirigentes de la nación en el que se le instaba a deponer esta reencarnación por la del general Francisco Franco. El afamado ilusionista no estaba dispuesto a acceder a aquel mandato. Él había firmado con la productora del programa un contrato por el que se tenía conocimiento del personaje en el que se iba a reencarnar y los responsables de aquella entidad habían aceptado aquella inaudita puesta en escena. Para llevar a cabo aquella actuación se había preparado a conciencia durante los últimos meses. Michel Dupont no estaba en disposición de reencarnarse en la figura de Francisco Franco. No tenía preparada aquella actuación. Sin embargo, el mensaje era muy claro y directo: «Queda terminantemente prohibido que el señor Michel Dupont se reencarne en la persona de Pablo Iglesias, persona a la que, desde el Gobierno que yo presido, es mejor no revivir por motivos que no vienen al caso en esta misiva. En caso de incumplirse esta directriz, se abrirá un expediente contencioso que irá por la vía penal». Era la

primera vez, en su ya dilatada carrera profesional, que el ilusionista francés veía coartada su libertad para desarrollar su labor. Michel Dupont creía que las épocas represivas en España ya formaban parte de la historia y no daba crédito a las palabras escritas en aquel comunicado. Pensó que tal vez podría tratarse de alguna broma. Consultó con sus asesores en materia legislativa hasta dónde alcanzaba la credibilidad de aquel escrito. Los figurantes eran ajenos a la tensión que se respiraba entre bambalinas. Después de que los hombres de confianza del ilusionista francés realizaran las pesquisas necesarias para comprobar la certidumbre de aquel escrito, Michel Dupont se vio obligado a cancelar la reencarnación en la persona de Pablo Iglesias. El genial francés no encontraba una explicación lógica para aquel triste y lamentable suceso. Él en ningún momento pretendía hacer apología de movimiento político alguno y, sencillamente, intentaba realizar su trabajo con profesionalidad para ganarse la vida honradamente. Michel Dupont no tenía ningún problema en reencarnarse en la persona de Francisco Franco siempre que, después de realizar su meticuloso proceso de asimilación del personaje, finalmente contara con el beneplácito de éste para reencarnarse nuevamente a la vida a través de su persona. Michel Dupont explicaba a los directivos del programa que su actuación, en ningún caso, era fruto de la improvisación, sino de un esforzado y minucioso trabajo. No había tiempo para reencarnarse en la figura de Francisco Franco. Era totalmente inviable aquella propuesta que le realizaba el Gobierno de la nación española.

– Improvise algo, lo que quiera, no sé —decía apurado el director del programa a un Michel Dupont escéptico y decepcionado por la situación tan desagradable que estaba viviendo—. Hoy es el último día de grabación. El presupuesto no da para más. Hay mucha gente ahí afuera que está esperando que salga al escenario y realice su número.

En el rostro aséptico de Michel Dupont no podía vislumbrarse gesto alguno de impaciencia o de nerviosismo, sino más bien de calma y de concentración una vez asumida la censura de la que había sido objeto un espectáculo suyo por primera vez en su trayectoria profesional. Agradeció a sus colaboradores la ayuda prestada durante los últimos meses para llevar a cabo la frustrada reencarnación en la persona de Pablo Iglesias que, gentilmente, había accedido a volver a la vida aunque sólo fuera durante los minutos que duraba su actuación, y les comunicó, primero a ellos, y luego a la dirección del programa por el que había sido contratado, que modificaría su actuación prevista por una sesión de hipnosis. Volvería así a sus comienzos como ilusionista.

Después de unos necesarios minutos de meditación que el artista precisó para asimilar definitivamente el imprevisto rol que tendría que desarrollar cuando saliera al escenario, los figurantes, empujados por los carteles de los animadores que les apremiaban a dedicar una espléndida ovación a Michel Dupont, aplaudían y vitoreaban al genial artista francés, cuya imponente presencia captó desde el primer momento la atención de los allí presentes.

Ayudándose de un castellano fluido, el artista francés fue creando, con su voz llena de un magnetismo singular y con sus expresivos gestos, una atmósfera de misterio y de intriga que fue envolviendo a los allí presentes en una enigmática cápsula de la que rescató a un grupo de jóvenes voluntarios a los que invitó a subir al escenario. La mayoría de ellos no creían en aquellas banalidades, pero sentían la inquietud de saber cómo se las ingeniaría aquel artista francés para hipnotizarles con un sencillo chasquido de sus dedos para, a continuación, realizar la serie de entretenidas peripecias que les fuera dictando. Michel Dupont tenía adquirido un compromiso ético con su oficio y, lejos de hacerles recrear situaciones depravantes, él siempre les daría órdenes que demostrarían que su trabajo no era un entretenimiento frugal, sino una labor mística a la que sólo un reducido grupo de personas tenía acceso. Y así fue como, después de pedir a aquellos jóvenes voluntarios que se sentaran en unas sillas, que se habían improvisado para su actuación, les fue mirando a los ojos con ternura, sin excesivos artificios, y se fue adentrando en sus mentes, sirviéndose de su voz, cálida y suave, hasta ubicarles en un estado de serena inconsciencia. Cuando los cinco jóvenes voluntarios reposaban tranquilos, sedados, sobre las sillas, Michel Dupont comenzó a darles órdenes que debían cumplir a partir del instante en el que chasqueara los dedos. Los figurantes y todo el equipo técnico que observaba, entre la incredulidad y la confianza, aquella soberbia actuación del ilusionista francés, contenían la respiración asombrados ante el espectáculo de aquel hombre que manejaba los actos de aquellos

jóvenes como si fueran meros títeres que realizaban su función guiados por las estrictas indicaciones de su director de escena, pero siempre desde el respeto y la consideración hacia aquellos valientes que habían accedido a su petición voluntaria de salir al escenario. Para finalizar el número, pidió a sus colaboradores que, a partir del momento que les indicara, se convirtieran en escritores geniales capaces de alcanzar la fama mundial consiguiendo los galardones y las distinciones más extraordinarias en honor a sus célebres obras. Era la primera vez que el ilusionista francés a lo largo de su extensa trayectoria formulaba a sus ayudantes una petición así. Estaba convencido de que aquella orden se contraponía a aquello que los espectadores demandaban, pero Michel Dupont quería hurgar en las conciencias de aquellas cinco personas para observar sus reacciones. Mientras los voluntarios desarrollaban la orden dada, el ilusionista vio a su representante entre las cortinas que daban acceso al backstage que le hacía señas claras para que concluyera la actuación. Pierre Lambert, su persona de confianza, nunca le había hecho aquellas indicaciones. Estaba nervioso, impaciente. Michel Dupont no entendía qué podría estar sucediendo. Fue despertando inmediatamente a los voluntarios que durante unos instantes se habían convertido en unos escritores geniales hasta que, cuando ya sólo le quedaba un colaborador por devolverle a su estado de consciencia, un hombre perfectamente trajeado, con los pelos revueltos y unos aires de loco estrafalario, irrumpió en el escenario realizando exagerados e incontrolables aspavientos. Pretendía boicotear aquella actuación.

– ¡Esto es una ofensa contra la dignidad humana! ¡Ese francés cabrón es un impostor! ¡Nadie le había dado permiso para entrometerse en la vida de mi amigo Pablo Iglesias! ¡Él ya estaba muerto y le quiso resucitar!

Inmediatamente reaccionaron los vigilantes de seguridad y salieron al escenario para apresar al espontáneo que les esquivaba con facilidad. Los figurantes, que se pensaban que aquella actuación formaba parte de un insólito final, se abalanzaron sobre el escenario. Los técnicos que controlaban la grabación del programa vivieron momentos de incertidumbre. Nadie lograba entender qué era lo que ocurría. Pierre Lambert fue en busca de su protegido Michel Dupont. El ilusionista galo abandonó el escenario entre aplausos y abucheos. Y en medio del escenario, el joven Félix, futuro ingeniero de caminos, quedó sentado sobre la silla y comportándose como si fuera un distinguido escritor. El joven se expresaba con una grandilocuencia y una pedantería que estaban muy alejadas de su comportamiento habitual, tal y como había observado Valentín, su íntimo amigo. Rodeados por los vigilantes de seguridad que, en apenas unos segundos, desplegaron un eficiente dispositivo de protección, el afamado ilusionista francés, Michel Dupont, y su representante, Pierre Lambert, abandonaron la amplia nave en la que se había desarrollado la grabación del programa de Nochevieja con el que la televisión pública pensaba despedir el año televisivo. Valentín siguió la estela del ilusionista para que devolviera a su amigo a la realidad, pero fue incapaz de que atendiera

su petición. Félix, ajeno al alboroto, seguía inmerso en su particular fantasía. Había dejado de ser el estudiante de Ingeniería de Caminos, que acudía como figurante a aquel tipo de programas al inicio de curso para aumentar algo su débil economía, para convertirse en un escritor genial capaz de conseguir los mayores reconocimientos que en el campo de la literatura un escritor podría obtener.

– ¿Estás bien de verdad, tío? —preguntaba Valentín, impaciente, a su amigo.

– ¿Y por qué habría de estar mal, estimado amigo?

– No sé, como ese franchute os ha hipnotizado y os ha dicho que os comportarais como si fueseis importantes escritores y a todos los ha devuelto a la realidad menos a ti, me tenías preocupado.

– Anda, Félix, no seas tan susceptible y regresemos al colegio mayor, que tengo que escribir unas cosas.

– ¿Escribir tú unas cosas? ¿No recuerdas que habíamos quedado al salir de aquí con aquellas chicas que conocimos el fin de semana pasado en la fiesta del colegio mayor?

– Valentín, por favor, tengo cosas más importantes en las que pensar antes que calibrar las palabras precisas que debo emplear para conseguir acostarme con una de ellas.

Mientras Félix había pasado de ser un estudiante ejemplar en la Escuela de Ingeniería de Caminos a presentarse a multitud de

certámenes literarios con obras que escribía sin apenas descanso, su amigo Valentín, siempre que tenía unos minutos libres, enviaba numerosos correos electrónicos al ilusionista francés para que atendiera su petición de despertar a su amigo de esa otra realidad en la que le había adentrado. Félix dejó de ir a las clases. Empezó a ganar algunos premios literarios. En su familia no entendían el extraño cambio que había experimentado el joven aspirante a ingeniero. Aunque Valentín intentaba hacer ver a su amigo que sólo estaba viviendo un sueño que, en cuanto tuviera noticias del ilusionista galo, se desvanecería, la realidad era que su amigo Félix se estaba revelando como una joven promesa dentro del panorama literario español. Los galardones, los reconocimientos y las distinciones, que ampliaban su currículum literario, iban haciendo de él una persona cuyas obras empezaban a ser dignas de estudio por algunos intrépidos filólogos y críticos siempre ávidos de nuevas voces capaces de regenerar el podrido ámbito literario en castellano.

Pasaron los años y Valentín se licenció en Ingeniería de Caminos mientras que Félix, después de encontrar su sitio en el mercado literario, fichó por un libro anual con una reconocida, prestigiosa e influyente editorial. El número de lectores que Félix fue acumulando en su carrera literaria crecía directamente proporcional a la reputación que Valentín iba adquiriendo como ingeniero en un importante estudio dirigido por distinguidas personalidades en el campo de la ingeniería.

Félix dedicaba su vida a la literatura en plenitud. Con su tercera novela había comenzado ya la conquista del mercado literario internacional. Un crítico conocido por la mordacidad y la acidez de sus comentarios, que tenían el poder de no dejar indiferente a nadie, había afirmado en su último artículo para la revista literaria a la que rendía pleitesía que el joven Félix Lamba, con sus treinta años recién cumplidos, se perfilaba como una de las jóvenes promesas capaces de renovar la literatura universal. Félix no entendía a su amigo Valentín cuando éste le comentaba que el mundo había perdido a un gran ingeniero pero había ganado probablemente al que podría convertirse en el mayor escritor de todos los tiempos.

Casualmente, el mismo día que Félix consiguió su primer premio internacional por su última novela, la décima de su ya dilatada carrera literaria, el insigne ilusionista francés, Michel Dupont, hallaba la muerte sobre un escenario espectacular cuando intentaba reencarnarse en Dios. Aquellas impactantes imágenes de un Michel Dupont desvanecido sobre aquel fastuoso escenario en la ciudad de Belén fueron emitidas a través de los canales de televisión más importantes y colgadas rápidamente en las páginas de Internet que tenían una mayor cobertura.

El distinguido Félix Lamba acababa de cumplir los cincuenta años, treinta de los cuales había destinado a fabular historias con cientos de personajes que habían configurado una impecable trayectoria literaria que muchos críticos creían que, en calidad, superaba a la de un clásico consagrado como Miguel de Cervan-

tes, cuando proseguía su fulgurante carrera acumulando nuevos reconocimientos que venían a jalonar su obra como una de las más idóneas para presentar su candidatura al Premio Nobel de Literatura. La propuesta, que iba avalada por prestigiosas instituciones en el ámbito de la cultura internacional, fue aceptada y proclamada ganadora en la primera ronda por unanimidad frente al resto de candidaturas que también correspondían a célebres obras de escritores cuya fama era reconocida a nivel mundial, pero a un nivel inferior que la del ya célebre Félix Lamba Iglesias.

Valentín, que por entonces ya dirigía su propio estudio de ingeniería, fue el primer amigo en felicitarle por la excepcional gesta alcanzada.

En los meses previos a la entrega del premio, Félix vivió una sucesión de días frenéticos en los que la concesión de entrevistas a cientos de medios de comunicación se convirtió en su principal tarea.

Un mes antes de viajar a Suecia, Félix Lamba Iglesias se obligó a disponer de más espacios libres en su agenda para redactar el discurso de agradecimiento que leería ante una ínclita concurrencia que estudiaría puntualmente cada una de sus palabras. Mientras los días avanzaban raudos hacia el día más importante de su vida, Félix intentaba tener esos momentos de libertad en los que perderse por las calles más solitarias y desgastadas del centro histórico de Madrid. Necesitaba encontrar la línea argumental en la

que cimentar su discurso y realizar las oportunas anotaciones en la libreta que siempre le acompañaba. Pretendía que fuera un discurso inolvidable. Y fue una de esas tardes previas a la entrega del galardón cuando, paseando por Lavapiés, al pasar por debajo de un balcón, cayó sobre su cabeza un objeto que le estremeció de dolor y que le hizo palpase repetidas veces sobre la zona impactada para comprobar si estaba sangrando. Aunque el dolor era agudo, intenso, descubrió que no tenía brecha. Mientras notaba cómo la zona impactada comenzaba a hincharse rápidamente, descubrió que el objeto que había caído sobre su cabeza era una pila alcalina que un niño travieso, que se enorgullecía de su acción riéndose escandalosamente y parapetado parcialmente entre unos geranios, había arrojado. Le reprendió con unas palabras conminatorias, pero el chaval hizo alarde de una vergonzosa indolencia burlándose de don Félix Lamba con descaro. Antes de reiniciar su paseo, el ilustre escritor echó un vistazo a los apuntes que llevaba escritos en una pequeña libreta. No entendía nada de lo que allí había escrito. Se deshizo de ella tirándola a una papelera y, después de ver la hora, recordó que tenía que llamar a su amigo Valentín para que le dijera dónde habían quedado con dos chicas que conocieron en la última fiesta del colegio mayor. Recordó también que, más adelante, tendrían que pasarse él y su amigo por una agencia de publicidad para recoger el dinero ganado por asistir un año más como figurantes al programa especial de Nochevieja de la televisión pública.

Faustino Lara Ibáñez nació en Toledo el 1 de junio de 1976. Arquitecto Técnico de profesión y escritor de vocación, compagina hoy en día ambas actividades, junto con la práctica del ciclismo y la natación. Ha logrado algunos premios literarios con sus primeras novelas breves (“El arquitecto prudente”, “El sueño del poder” y “El fulgor de las estrellas”). Asimismo también ha obtenido más de una treintena de reconocimientos en certámenes literarios de narrativa breve.

Índice

La penúltima partida	5
Un presentimiento.	29
Historia de un barrio: el mío	47
La piscina	69
Lux perpetua (exordio)	83
Hipnosis	97

Ayuntamiento



Manzanares El Real